

Span  
844  
2.31

Harvard College Library



FROM THE FUND

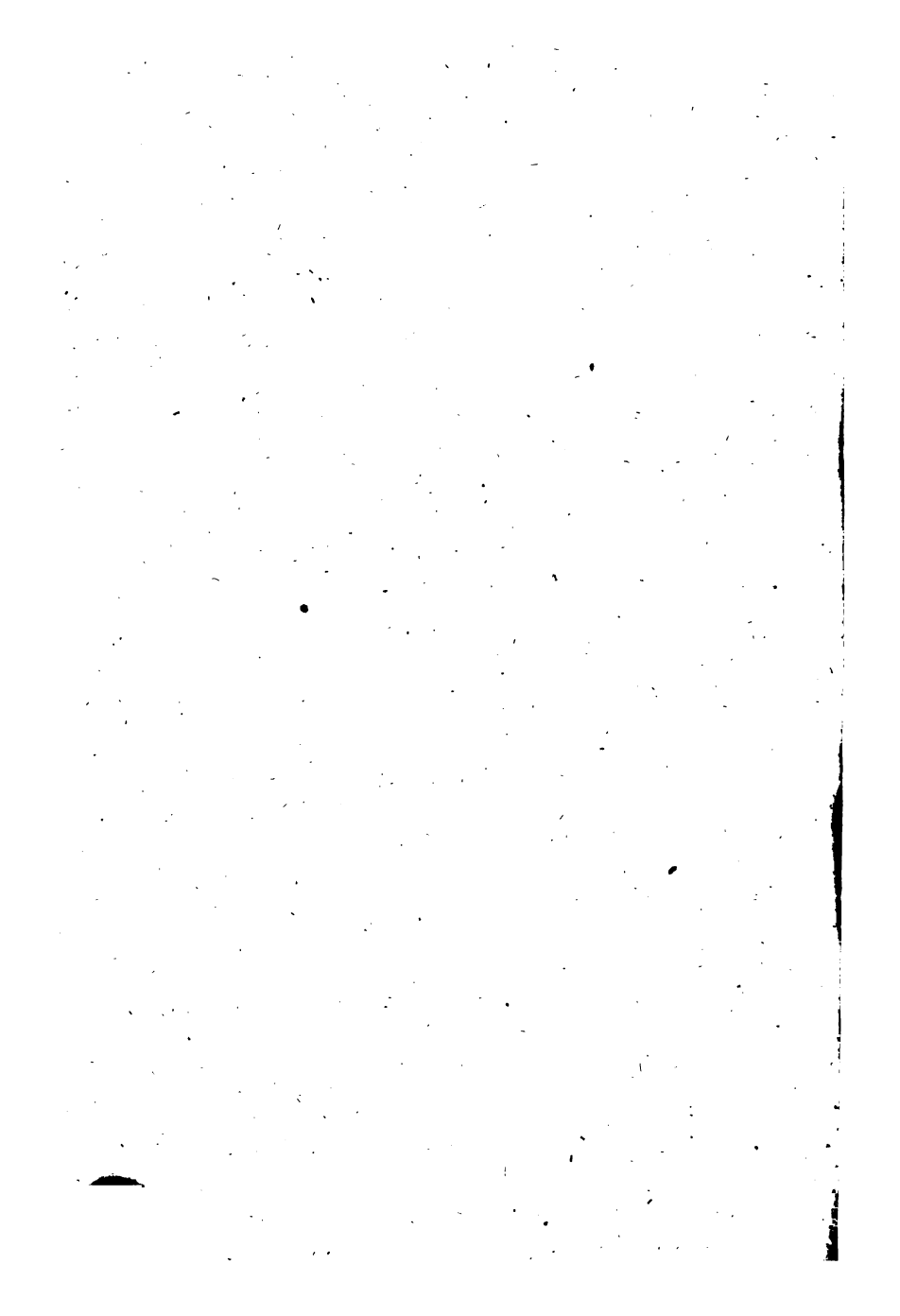
IN MEMORY OF

GEORGE SILSBEE HALE

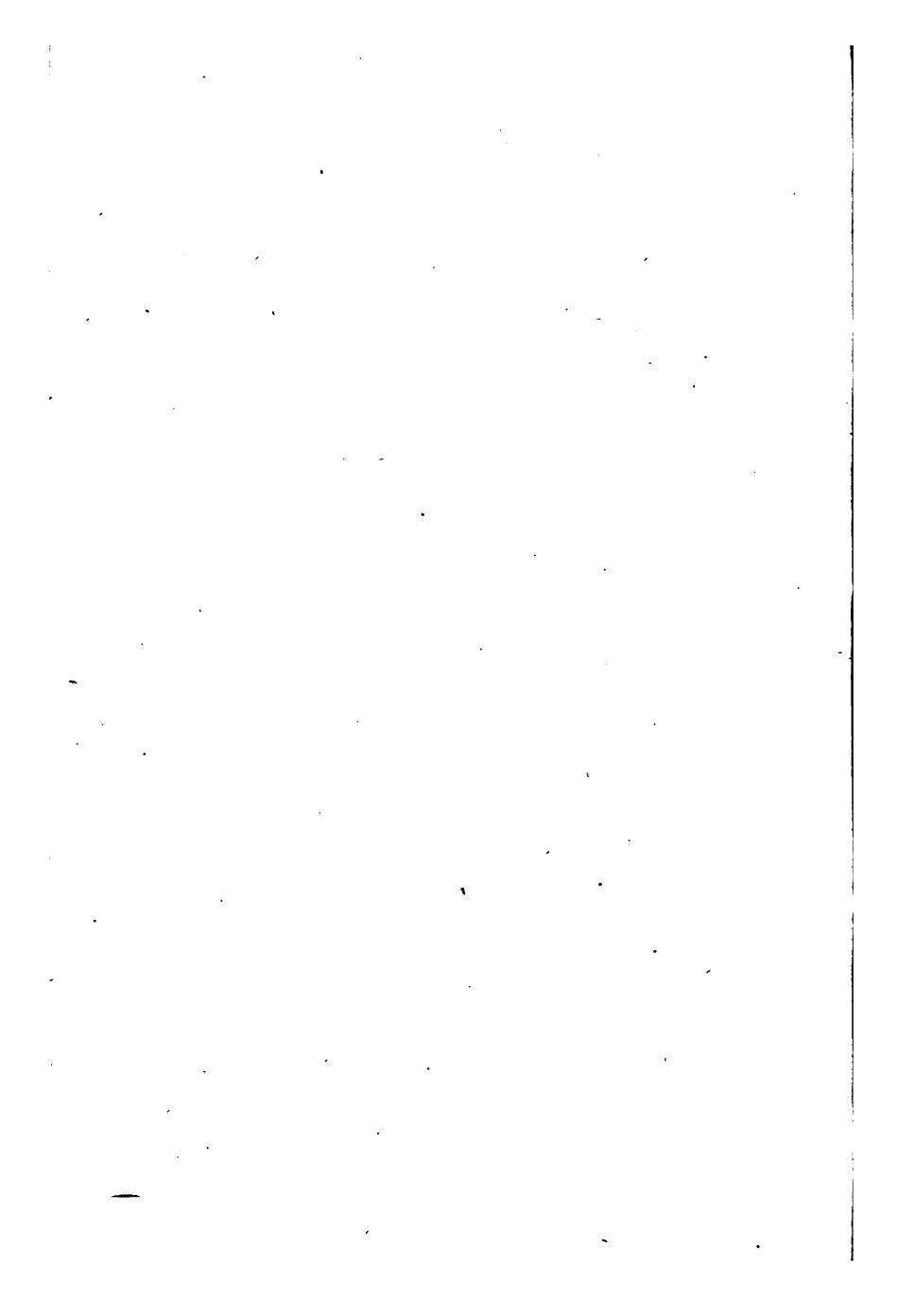
AND

ELLEN SEVER HALE





**CÁRLOS I DE ESPAÑA.**



# CÁRLOS I DE ESPAÑA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS NEBOT DE PADILLA.

Representado por primera vez en el teatro del Circo, el día 26 de  
Octubre de 1859.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1859.

Span 5844.12.31

Harvard College Library

Sept. 11, 1917.

Hale fund

- D

A SS. AA. RR.

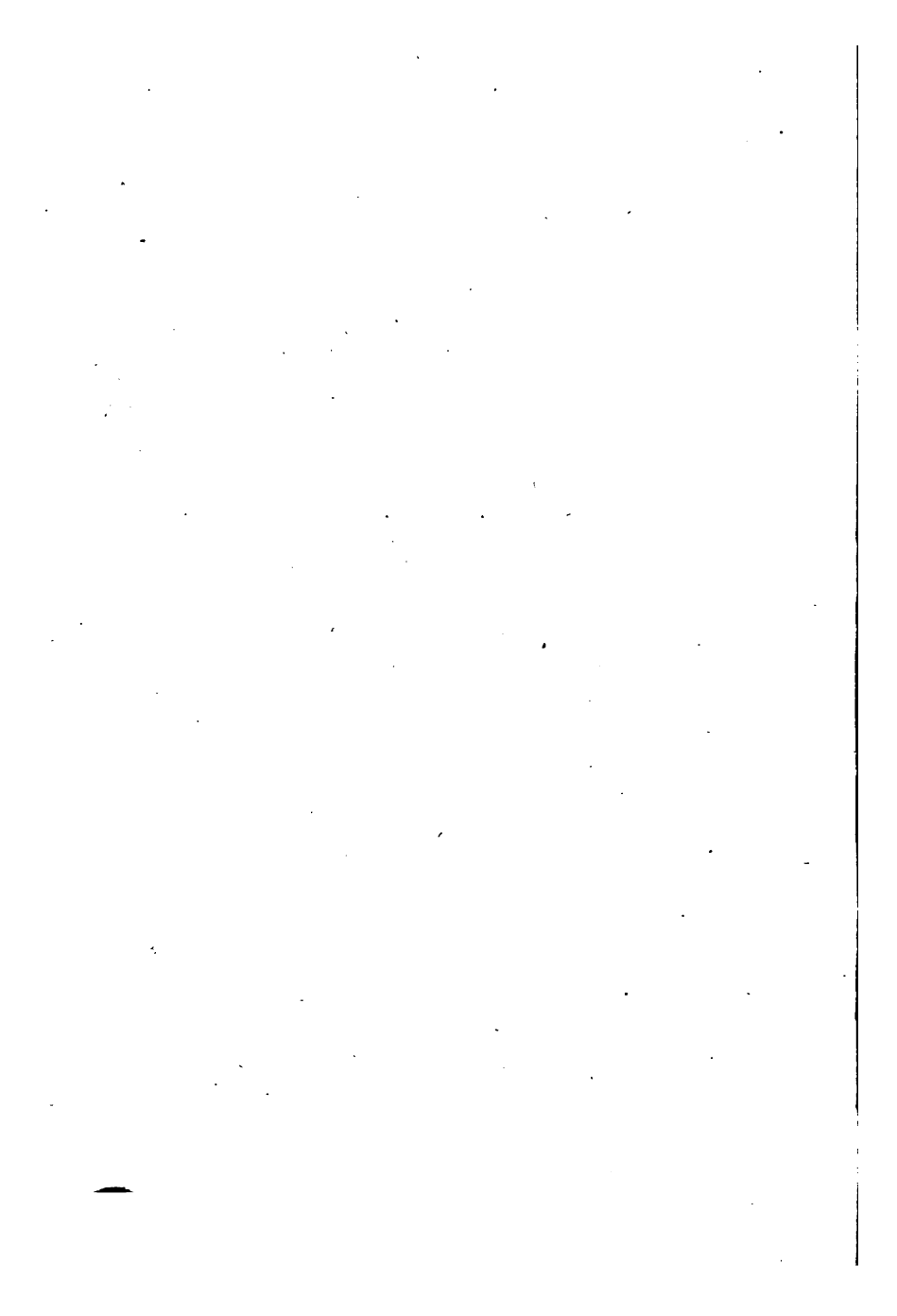
LOS SERMOS. SRES. INFANTES DE ESPAÑA,

Duques de Montpensier.

*En testimonio de adhesión profunda y de  
eterna gratitud*

Luis Nebot de Padilla.

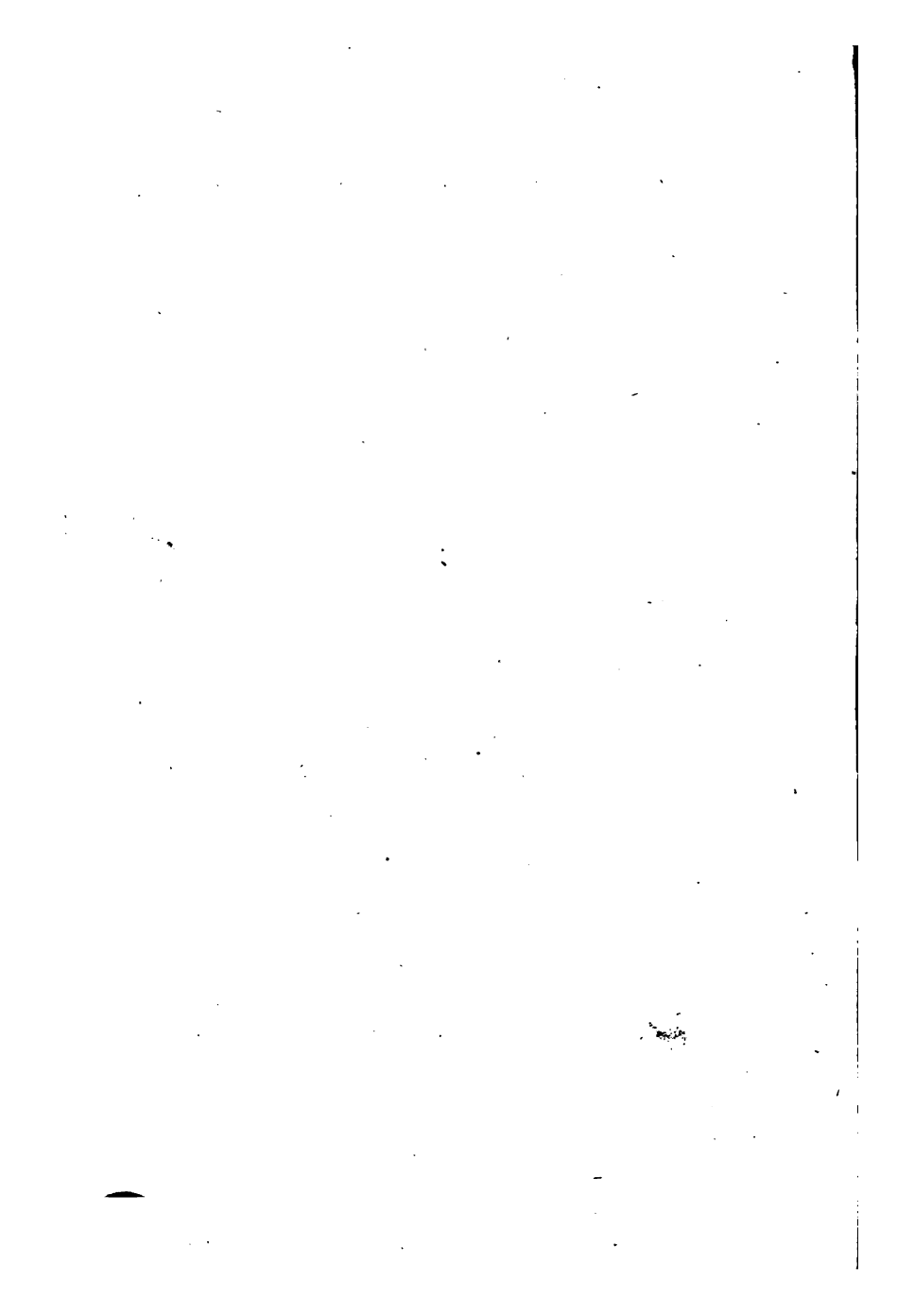




Secretaría de S. S. A. A. P. P. los  
Serenísimos Sres. Infantes Duques de Mont-  
pensier.-- Sr. D. Luis Nebot de Padilla.  
-- Sanlúcar 2 de Setiembre de 1858.-- Muy  
señor mio y de todo mi aprecio: En con-  
testación á la comunicacion que se ha ser-  
vido V. dirigir, solicitando la competente au-  
torizacion para dedicar á S. S. A. A. P. P.,  
cuando lo dé á la prensa, el drama original  
que ha compuesto, titulado Carlos 1.º de Espa-  
ña, tengo el honor de participar á V. que  
S. S. A. A. P. P. le conceden muy gusto-  
sos esa autorizacion, y celebrarán mucho que  
se cumplan los laudables deseos que le animan  
á publicar esa obra literaria.

Aprovecho esta ocasion para ofrecerme  
de V. muy atento seguro servidor D. B.  
S. M.

Antonio de Latour.



## PERSONAJES.

## ACTORES.

EL REY CÁRLOS I.º DE ESPAÑA.....	D. JOSÉ VALERO.
EL INFANTE DON FERNANDO, su hermano.....	SR. BEAS.
EL CONDE DE UREÑA.....	SR. VICO.
D. PEDRO GIRON, su primogénito.....	SR. ORTIZ.
DANIEL.....	SR. PIZARROSO.
BENEDICTA, su hija.....	SRA. ÁLVAREZ.
D. LUIS DE ÁVILA, paje del Rey.....	SK. MORALES.
EL CONDE DE YHUNG, gentil-hombre.....	SR. CASAÑÉ.
D. ALONSO TELLEZ, alcaide de Valladolid.....	SR. CAPO.
EL DUQUE DEL INFANTADO.	SR. CHAS DE LAMOTTE.
EL CONDE DE NOROÑA.....	SR. MORENO.
EL MARQUÉS DE ASTORGA.	SR. HERNANDEZ.
EL ALMIRANTE.....	SR. LAVALLE.
UN CAPITAN.....	SR. MATE.
Varios mosqueteros.	

La accion pasa en Valladolid: empieza á las cuatro de la tarde del dia 17 de Noviembre de 1517, y termina á las diez de la mañana del siguiente.

Reinado de Cárlos I.º: fin de la regencia de España por el cardenal Gimenez de Cisneros.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título ó represente en cualquiera de los teatros de España y sus posesiones de Ultramar, con arreglo á lo dispuesto en la ley de propiedad literaria y decreto orgánico de teatros hoy vigente.

Los corresponsales de *D. Prudencio de Regoyos*, dueño de la Galería dramática EL MUSCO LITERARIO, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representación en dichos puntos.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Antecámara del palacio de los Condes de Ureña ; y al fondo el retrato de cuerpo entero del fundador de la casa. Puertas á derecha é izquierda, y balcon á la calle.

### ESCENA PRIMERA.

Junto á la primera puerta un grupo de mosqueteros de la guardia del Cardenal gobernador. En el proscenio el CAPITAN , en ademan de esperar á D. ALFONSO, que aparece por el lado opuesto, como saliendo de las habitaciones interiores del Conde.

- ALF. Corazon, fingete mármol.  
CAP. Fingelo mal su congoja.  
ALF. Vió tan grande la del Conde,  
que la piedad me lo ahoga.  
CAP. Cuando el deber nos lo exige,  
la piedad es muda y sorda.  
ALF. Mas hay deberes que truecan  
el corazon en esponja,  
para que el Rey ó la patria  
nos lo espriman gota á gota.  
CAP. ¿Cómo? ¡ah!  
ALF. Pero... he cumplido  
con lo que á entrambos nos toca,  
pues dejo al Conde anunciada  
de su castigo la hora.  
CAP. ¡De su castigo!

- ALF. Tal creo;  
pues el perdon que le otorgan  
es porque él mismo en la cárcel  
su primogénito ponga.
- CAP. ¿Y os recibió?
- ALF. Como hidalgo.
- CAP. ¿Y oyó su sentencia?
- ALF. Oyóla.
- CAP. ¿Con sumision?
- ALF. Con respeto,  
que es más en hombres de nota.
- CAP. ¡Siempre arrogantes los nobles!
- ALF. ¡Siempre la plebe envidiosa!  
(El Capitan se vuelve para indicar á los mosquete-  
ros que se retiren.)
- ALF. ¡Pero aqui los mosqueteros!  
¡en esta casa!
- CAP. De forma,  
que si en esta casa el Conde  
viles parciales aloja,  
con sus venganzas de hiena,  
con sus astucias de zorra,  
bien estarán, noble alcaide,  
los arcabuces que tronchan  
á las hienas los colmillos,  
los dientes á las raposas.
- ALF. Ved, Capitan, que á la trampa  
donde ha caido una loba,  
ni su propio macho acude,  
ni aun sus cachorros se asoman.
- CAP. Será tal vez que miramos  
de un modo opuesto las cosas;  
yó juzgando que al de Ureña  
gente y ardidés le sobran,  
siendo en su desgracia mimbre,  
que no cede aunque se dobla,  
y vos...
- ALF. Y yo, Capitan,  
teniendo en mucho la gloria  
de sufrir con el que sufre,  
de llorar con el que llora.
- CAP. Parece que es el Conde (Observando hácia el

interior.)

quien sus ímpetus desfoga,  
reclamando de su hijo  
pasiva obediencia y pronta.

ALF. Venid, porque ya violentos  
aquel porton desentornan.

CAP. ¡Qué altivas frentes las tuyas!

ALF. (Saliendo con el Capitan.)  
Como de raza española,  
que ni al dolor palidecen,  
ni al infortunio se encorvan.

## ESCENA II.

El CONDE y D. PEDRO.

PED. Y no ha de ser, vive el cielo,  
mientras cuelgue mi tizona;  
que á los gritos de mi afrenta  
los de mi sangre se ahogan.

CONDE. ¡Don Pedro!

PED. Señor.

CONDE. Por Cristo,  
que si no sellas la boca,  
verás á mis pies tu espada,  
tras de envilecida, rota.

PED. Ved que os falta de mesura  
lo que de fueros os sobra.

CONDE. Es que si un hijo arrogante  
mis infortunios prolonga,  
recordaré...

PED. ¡Señor Conde!

CONDE. Recordaré, como ahora...

PED. Que la arrogancia del hijo,  
mas que de ley, es de honra,  
si la humillacion del padre  
su noble frente sonroja:  
si en el autor de sus dias  
vé el autor de su...

CONDE. ¡Deshonra?

¡Ira de Dios! miserable,  
que mi cólera provocas,



sin advertir que sus ímpetus  
te arrastrarán...

PED. ¡A la horca!  
Porque si el rey os indulta,  
y el Cardenal os perdona,  
y os dan nuestras baronías,  
como infamante limosna  
que al importuno mendigo  
cuando se abate le arrojan,  
fué, señor, porque de hinojos  
á los pies de su poltrona,  
jurásteis al Cardenal  
arrastrarme á sus mazmorras,  
donde, como reo de estado,  
por vos y por mí responda.

CONDE. ¿Y por qué, si tanto sabes  
no dices que...

PED. Basta y sobra.

CONDE. Que al ver ya nuestras cabezas,  
para escarmiento, en la horca,  
debi prudente y astuto...

PED. (Ap.) ¡Nunca leon, siempre zorra!

CONDE. Acogerme al Cardenal  
contra sus venganzas propias,  
hasta que á mi vez...

PED. Si os place,  
nos dirá el resto esa nota;  
(Entregándole un papel.)  
y si advertís que sus líneas  
manchas de sangre emborronan,  
es que no pudo mi espada  
recavar de la persona  
que á Flandes la conducía,  
de mi afrenta portadora,  
que me entregase el papel  
sin ensangrentar sus hojas.

CONDE. ¡Ah, por Dios, otra violencia!

PED. Si.

CONDE. ¡D. Pedro!

PED. Justo, otra:

pero... leed, señor Conde.

CONDE. (Ap.) Me dá pavor mi zozobra.

(Lee el papel con marcada turbación.)

Al rey.

«Señor: las turbulencias suscitadas en Castilla por el Conde de Ureña y su primogénito, han terminado; y el pueblo en donde aquellos levantaron el estandarte de su rebelión, é hirieron á los ministros de justicia, ha sido entregado á las llamas y sembrado de sal, conforme á lo dispuesto en las leyes del Estado; según las cuales declararé reos de lesa majestad á los de Ureña.

»Ello así; y habiendo venido el Conde á pedir...» (Trémulo y confundido alarga el pliego á su hijo.)

PED. Pues que su lectura sea (Tomándolo.)  
chispa del rayo en la pólvora:  
y aniquile el ofendido  
lo que el hidalgo perdona.

(Lee.) «Y habiendo venido el Conde á pedir  
perdon... de... rodillas, jurando que entregará en las cárceles del consejo á su hijo, para satisfacción de la vindicta pública; entendiendo que será muy propio de vuestra alteza perdonar á entrambos, pues conviene que el castigo de los Grandes sea diferente que el de los plebeyos, porque sus humillaciones equivalen al suplicio.»

»Señor.

«La Santa Trinidad tenga á vuestra alteza en su santa guarda.—El cardenal Cisneros, gobernador de España.»

CONDE. ¡Solo así salvé tu vida!

PED. Salvásteisla á mucha costa.

CONDE. ¿Muertos?

PED. Muertos.

CONDE. Y ¡rebeldes?

PED. Rebeldes, pero con honra.

CONDE. Es un baldon ese nombre.

PED. Ese nombre es una fórmula:  
seré leal si triunfo,  
rebelde si me derrotan.

CONDE. ¿Me acusas pues?

- PED. No os defiendeo.
- CONDE. Mis desdichas...
- PED. No me agobian.
- CONDE. Áspid que en mi seno abrigo.
- PED. Lo pisais y os emponzoña.
- CONDE. Yo abatiré tu arrogancia.
- PED. Dejad al Rey esa obra.
- CONDE. Me seguirás.
- PED. Cuando arranquen  
esta cruz y esta tizona.  
(Señalando su cruz de Santiago.)
- CONDE. Para exigirlo conservo...
- PED. Para negarlo me abonan...
- CONDE. Sobre tí derechos tales,  
que ni el Rey ni Dios me estorban.
- PED. Contra vos tan nobles fueros,  
que Dios ni el Rey los derogan:  
fueros...
- CONDE. ¡Ah!
- PED. Que ese buen Conde,  
(Fijándose en el retrato del fundador de la casa.)  
tronco de mi estirpe goda,  
cuyas airadas pupilas  
desde ese lienzo os devoran,  
legó contra el padre al hijo  
cuando nos legó su gloria,  
si el padre olvida, ó no prueba,  
que á los que con él entroncan,  
vivos, ni el Rey los infama,  
muertos, hasta el Rey los honra.

## ESCENA III.

DICHOS y BENEDICTA. Los primeros versos desde adentro.

- BEN. Abrid.
- UNA VOZ. No abriré.
- BEN. (Dando golpes en la puerta.)  
¡Pecheros!
- OTRA. Perdonad, noble señora.
- BEN. Quiero entrar, ¿ois?
- OTRA VOZ. No hay paso.

- BEN. Por mi patron que eso es broma:  
yo lo buscaré.  
(Violentando la puerta y entrando rebozada en su manto.)
- OTRA. Teneos.
- BEN. ¡Ay del malsin que se oponga!  
Guarda Dios á los de Ureña.
- CONDE. Mal se anuncia quien se emboza,  
y en el hogar de un hidalgo  
como espadachin asoma.
- BEN. Querrá que el hidalgo juzgue  
por su embozo su zozobra,  
y por su entrada arrogante  
la urgencia de que le oiga.
- PED. Decid, pues.
- CONDE. Os escuchamos.
- BEN. ¡Que me place! al caso ahora.  
Teneis que vengar injurias:  
lo sé.
- CONDE. ¡Vive Dios!
- PED. ¡Muy hondas!
- BEN. Bien lo sé. ¿Quereis vengarlas?  
permitid que lo suponga,  
pues de la venganza el hipo  
y la sed devoradora,  
del buen hidalgo en la frente,  
(Señalando al Conde.)  
como yó en su hogar, asoman.
- CONDE. Descortés la dama viene.
- BEN. Cuerdo al galan ser le toca,  
y advertir que mis dos manos  
les tiendo á los que se ahogan.
- PED. ¿Venis, pues, en nuestra ayuda?
- BEN. Tal vez.
- CONDE. Mas antes importa,  
que sepamos si es leal  
la ayuda que nos otorgan.  
¿Quién sois?
- BEN. Lo dirán mis planes.
- PED. ¿Quién os fia?
- BEN. Mi persona.
- CONDE. Y á ella ¿quién?

- BEN. Vos, por ejemplo;  
(Á D. Pedro.)  
y... vos tambien; no es gran cosa.  
Ved, señor Conde. (Lo enseña un pliego.)
- CONDE. (Leyendo el sobre.) «Fernando, Infante de Cas-  
tilla, á sus primos los Condes de Ureña.»  
(Benedicta retira el pliego.)  
¡Dios mio!!!
- BEN. (Á D. Pedro, desomborzándose.)  
Mirad vos.
- PED. ¡Ah!!!
- BEN. Con que ahora,  
pues tengo en lugar de uno  
dos fiadores que me abonan,  
diré lo que nos concierne  
sin preámbulos ni glosas.  
El Rey don Carlos de Austria  
saluda ya nuestras costas,  
mientras aqui le suponen  
surto en Gante con su flota.
- CONDE. ¡Cómo! (Marcada turbacion.)
- PED. ¿Eh?
- BEN. Que ya de Asturias  
salió su alteza católica,  
y á Valladolid muy pronto  
deslumbrará con sus pompas.
- CONDE. Esta mujer ¡bah! delira.
- PED. Juzgo que no se equivoca.
- CONDE. Pues, por Dios, que me confunde  
ver que un hecho de tal monta  
lo sabe... un *conspirador*, (En son de ironía.)  
y el gran Cardenal lo ignora.
- BEN. Y si añadís que el gran hombre  
tuvo dispuestas y prontas  
para el mar sus atalayas,  
para la tierra sus postas;  
y que á pesar de esos medios  
que previsor desarrolla,  
no ha de saber lo que os dije  
mientras no apunte la aurora,  
mas deberá confundiros  
de que, por arte diabólica,

sepa el *buen conspirador*  
 lo que el Cardenal ignora.  
 Pero si caute haceis cuenta  
 que al conspirador le sobran,  
 por cada vil mercenario  
 de los que el gobierno explota,  
 tantos hombres como son  
 los que el interés provoca,  
 los que el entusiasmo arrastra,  
 los que la venganza agolpa,  
 y que á un fin consagran todes  
 pies, inteligencia y bocas;  
 dejará de confundiros  
 ver que un hecho de tal monta,  
 lo sabe... el *conspirador*,  
 y aquel gran hombre lo ignora.

PED. Por Barrabás que os escucho,  
 y una inspiracion me arroba.  
 Dadme la mano...

BEN. Con tiento,  
 que hay espinas en la rosa.

CONDE. Y tal pudiera decirnos,  
 que se volviesen las tornas,  
 y en vez de cruzar las manos...

BEN. (Festiva y burlescamente.)  
 Se cruzáran las tizonas.

PED. Con que proseguid.

BEN. Pues digo  
 que el nuevo rey que nos forjan,  
 á Valladolid mañana,  
 mediante Dios y mis obras,  
 llegará, al cerrar la noche,  
 de incógnito y sin escolta.

PED. ¡Solo!

CONDE. ¡El Rey!!!

BEN. Con un flamen co  
 y un español.

PED. ¡Ah! de forma...

CONDE. ¿Que son tres los que esperamos?

BEN. Con el Rey, cuenta redonda.

PED. ¡Y asi, como aventurero,  
 su dominacion incoa,

- quien ya siente, y aún no reina,  
bambolear la corona?
- CONDE. Tal vez con esa conducta  
grandes fines se proponga;  
queriendo inquirir el hombre  
lo que el rey saber no logra:  
pues dicen que en esa frente  
la de su abuelo retoña,  
mas enérgica en los bríos,  
y en política mas honda.
- BEN. Dice la verdad.
- PED. Entonces  
que el velo se nos descorra,  
y á qué se atienen, sepamos,  
los que oyen vuestra historia.
- BEN. Lo diré: vendrá su alteza  
de incógnito y sin escolta:  
lo alojaré yo en mi casa,  
junto al palacio en que mora  
su hermano el jóven Infante,  
símbolo de antiguas glorias...  
Y éste ¿lo espera?
- PED. (Escudriñando en una mirada su pensamiento.)  
Lo espera,  
como al caiman la leona,  
contra lo que el Rey medita  
con su táctica insidiosa.
- PED. ¿Pero nadie mas?
- BEN. Oh, nadie,  
sino vosotros ahora,  
porque el Infante ha querido  
que lo sepais de mi boca.
- PED. Así, pues, su alteza misma...
- CONDE. ¡Guárdele Dios! (Descubriéndose.)
- BEN. Él os oiga.
- PED. Para enterarnos de todo  
será quien os comisiona?
- BEN. Sin duda.
- CONDE. Y en qué nos pide,  
por pago de tal lisonja,  
que le demuestre mi casa  
su fidelidad notoria?

PED. Si, decid, pues aunque juzgan  
que su grandeza desploman,  
tiene aún para el Infante,  
si en un conflicto la invoca,  
á una voz, grupos de lanzas,  
á otra voz, montes de doblas.

BEN. Miradlo bien, caballeros.

CONDE. Lo dicho, dicho.

BEN. Me sobra.

CONDE. Y no extrañéis que mi afecto  
solo en el Infante ponga,  
pues entre los dos hermanos  
madian líneas divisorias:  
porque el Rey, criado en Flandes,  
lo que no es Flandes le enoja,  
y ha de ser en nuestro clima  
como las plantas exóticas,  
para nosotros el tronco,  
para Flandes fruto y hojas.  
El Príncipe, por la inversa,  
desde su primer aurora  
siempre con sus españoles  
bulle, concierta y se roza;  
y al ver en nuestros escudos  
tanta lis, tantas marlotas,  
y al oír nuestros combates  
de Oran y de Ceriñola,  
donde para hundir la Francia  
bastó Gonzalo de Córdoba,  
frenético se enajena,  
y en su admiracion pasmosa  
lo que aprendimos aprende,  
lo que adoramos adora.

PED. Añadid tambien que en Flandes,  
por deducciones muy lógicas,  
al Rey le llaman *azote*  
de la vieja España goda,  
y al Infante aqui *delicias*  
de la nacion española.

BEN. Por eso...

PED. ¿Qué?

BEN. Si, por eso...



fijaos bien.

CONDE.

¡Grave es la historia!

BEN.

Tráele al Rey una sospecha  
que sin cesar lo emponzoña;  
¡su hermano! ¡siempre su hermano  
lanzándose á su corona,  
sobre los hombros del pueblo,  
que ya lo aclama y lo adora!  
Tráenle tambien de los Grandes  
las turbulencias ruidosas,  
que el trono casi convierten  
en incendiadas estopas,  
segun el fuego que atizan  
sus intestinas discordias:  
y tráenle, en fin, de esta suerte  
tan de su grandeza impropia,  
los síntomas alarmantes  
de la política odiosa,  
que el Cardenal...

CONDE.

(Con el despecho de la ira.) ¡Dios le juzgue!

BEN.

Puso inflexible por obra.

PED.

Ved ahí por qué mañana,  
de incógnito y á deshora...

BEN.

Despues que ronde las calles,  
y de todos sepa y oiga,  
¡güay de los nobles que caigan!  
¡ay de los Grandes que coja!  
(Desiguando á los dos maliciosamente.)  
Dicho lo que al Rey concierne,  
venid al Príncipe ahora,  
de quien aquel santo monje  
de aparicion milagrosa,  
profetizó que en España  
le guardan cetro y corona.

CONDE.

Lo sé.

BEN.

Pues bien, há dos meses,  
que por causas muy recónditas  
el Cardenal al Infante,  
dándole el Rey traza y forma,  
cual sublevador espia,  
cual prisionero custodia.  
Comprendereis, caballeros,

que cuando así lo provocan,  
justo será que al Infante  
los que lo afrentan respondan,  
si al estallar nuestras iras  
la de Dios nos los arroja.  
Y ved cómo ya en nosotros  
su providencia coloca,  
trayéndonos por su mano,  
de noche, ciego y á solas,  
ese leon qué se acerca  
sin presentir su derrota,  
ese leon que nos busca  
como á sorprendidas corzas,  
cuando ganándole el turno  
le aguardan serpientes boas.

CONDE.

Pero...

PED.

Seguid...

BEN.

¿No habeis dicho  
que si el Infante os invoca,  
le dareis grupos de lanzas,  
le alzareis montes de doblas?

CONDE.

¿Y qué?

BEN.

Que vengo á cobraros  
esa gran deuda de honra.

PED.

Como quien soy pagaremos.

BEN.

Como quien és os lo exhorta.

CONDE.

Mucho la ocasion lo anima.

BEN.

Pues más lo empeña su gloria.

PED.

¿Qué reclama?

BEN.

Sus derechos.

CONDE.

¿Qué nos pide?

(Benedicta desdobra el pliego y lo dá á leer al Conde, quien despues de haberlo hecho exclama.)

¡Dos coronas!

(Profunda sensacion.)

BEN.

¿Teneis que vengar injurias?

él por su cuenta las toma.

¿Os envilece un proceso?

él pulveriza sus fojas.

¿Los blasones os deslumbran?

él con su casa os entronca.

PED.

Y en cambio...

- BEN. No pide; ruega.  
 CONDE. ¿Qué?  
 PED. Decid.  
 BEN. Que le socorran  
 los que al ver lo que estais viendo,  
 rayos por los ojos brotan.  
 PED. Señale, pues, los traidores  
 que por víctimas escoja.

### ESCENA IV.

DICHOS y el INFANTE D. FERNANDO, desde el quicio de la  
 puerta de la derecha.

- INF. Al Rey.  
 CONDE. (Atónito.) ¡Al Rey!!!  
 PAJE. (Anunciando al Infante, que se adelanta al proscenio.)  
 ¡El Infante!  
 (Todos se descubren.)  
 INF. (Al Conde.)  
 ¡Mucho el Rey os atolondra!  
 CONDE. Es que aprendí desde niño  
 que el Rey es de Dios la sombra.  
 INF. (Alargándole benévolamente la mano.)  
 Cuando como Dios es justo,  
 y según él piensa y obra.  
 (Ap. á Benedicta.)  
 Para mi ansiedad tardabas.  
 BEN. La misión era espinosa.  
 INF. ¿Y se deciden?  
 BEN. Fluctúan.  
 INF. Pues lo harán á cualquier costa.  
 (Al Conde y á su hijo.)  
 ¿Con que, por deudos y amigos,  
 tengo al fin la vanagloria  
 de contar con los de Ureña  
 para empresas tan heroicas?  
 CONDE. ¡Ah!  
 PED. ¡Señor!  
 INF. Y como al cabo  
 mi pretension no sea otra,  
 sino que mi hermano abdique

dos de sus nueve coronas;  
utilizando los medios  
que él mismo nos proporciona;  
de ahí es...

CONDE. Señor, permitidme  
que mi lealtad os responda,  
y lo que pedis os niegue,  
y á lo que rogais sea sorda:  
pedidme viejo mis canas,  
infanzon mi ejecutoria,  
contra el flamenco mis brazos,  
contra el Cardenal mis doblas;  
mas no pidais contra el Rey  
lo que á los nobles sonroja.

PÉD. Pues yo contra el Rey me ligo,  
ya que por noble me arrollan.

CONDE. (Con la efusion de la lealtad castellana.)  
¡Contra el Rey mi sangre!

PÉD. Sangre,  
que pide á gritos su honra,  
si ha de correr por mis venas,  
que se vengue, ó que no corra.  
¡Deslealtad!

CONDE.

BEN. Razon.

PÉD. Venganza.

INF. Falle el cielo.

PÉD. Y mi tizona.

INF. Mucho, buen Giron, me obligas.

(El Infante toma á D. Pedro del brazo y sale con él  
por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA V.

DICHOS, menos aquellos dos.

BEN. Que delirais se me antoja.  
¿Con un dogal os arrastran  
y no quereis que lo rompan?

CONDE. Pues á Cisneros le juro  
que haré pedazos la argolla;  
pero sin que diga nadie,  
cuando de mi casa oigan

que por su mano se hizo  
cabal justicia á sí propia,  
que *ofendida* la vendieron,  
y la compraron *traidora*.

BEN.

¿Y el Rey?

CONDE.

Al Rey, Dios le ensalce.

Otros hay que me respondan.

BEN.

¿El Cardenal? Manda fuerzas.

CONDE.

Yo y el tiempo contra todas.

BEN.

¿Y os vengareis?

CONDE.

Soy Ureña. (Con intencion.)

BEN.

¿Qué hará?

CONDE.

Cuanto se proponga.

BEN.

Ya el leon no tiene garras,

CONDE.

Mas tiene astucias la zorra.

BEN.

¿Y no yendo á un fin reunidos  
os prometeis la victoria?

La fuerza en la union consiste:

quien me aisla, me derrota.

¿Veis á Nebli, mi caballo,

qué arrogante y con qué pompa

tiende al viento cuando marcha

las crines de su ancha cola?

Pues dádmelas una á una

y se las arranco todas;

mas ofrecedlas unidas

á los hércules de Europa,

y vereis cómo, sin fruto,

vigor y ardidés agotan:

que en la union está la fuerza:

solo Dios se basta y sobra.

## ESCENA VI.

DICHOS, y el INFANTE con D. PEDRO.

INF.

¿Con que decis que del Conde (Á D. Pedro.)  
la sumision no es dudosa,  
si para obtenerla invoco  
de mi abuelo la memoria?

PED.

Señor, le debió la vida  
junto al puente de Zamora,

y será bien pague al nieto  
lo que por su abuelo cobra.

INF. (Dirigiéndose al Conde.)  
Si me haceis merced, buen Conde,  
departiremos á solas.

CONDE. Vuestra, señor, es mi casa;  
fijad sitio.

INF. (Saliendo con el Conde.)

En esa alcoba:  
seguidnos pronto. (Á D. Pedro y Benedicta.)

### ESCENA VII.

DICHOS, menos los que han salido.

PED. ¡La misma,  
la Serrana de Tolosa!

BEN. Para serviros, don Pedro.

PED. ¿Mas por acá vos ahora?

BEN. ¿Pues habia de estarme en Flandes  
como el hostión en la roca?

Fuíme allá para una empresa  
y vuelvo aqui para otra.

PED. Pardiez, que sois, Benedicta,  
como varonil, hermosa.

BEN. Mejor dijerais que soy  
varonil como española.

PED. Pero viajais por los vientos,  
segun os llevan y os tornan.

BEN. Tiene el entusiasmo alas.

PED. Si el amor no se las corta.

BEN. Contra el amor tambien tengo  
la grátitud que las dobla.

PED. Mujer que al amor prefiere  
la grátitud...

BEN. ¿Os asombra?

(Lo que sigue con marcada expresion.)

Era una noche de invierno  
fantásticamente lóbrega.

Yo en mi hogar junto á la lumbre  
secaba al fuego la ropa,  
viendo en el monton la leña

chisporrotear humosa,  
cuando de pronto en la calle  
siento espadas que se chocan,  
y caer á tierra un cuerpo  
y otro rodar por las losas;  
y al saltar de mi sillón,  
despavorida y atónita,  
la puerta empujan, y un hombre  
lánzase á mí con faz torva.  
¡Justo Dios! era mi padre,  
tinto en sangre hasta la gola,  
y murmurando convulso:  
«¡Lo maté! ¡Misericordia!...»  
Poco despues levantaron  
para el matador la horca,  
y yo á los pies del Infante  
corrí moribunda y loca,  
«¡piedad! ¡piedad!» repitiendo,  
con el estertor que ahoga.  
Túvola de mi desgracia:  
¡benditos los que la honran!  
pidió la vida del reo,  
y el Cardenal otorgóla,  
á condicion de que fuese  
verdugo un año en Tolosa,  
ó para el rey aprontase,  
florin por florin, mil doblas.  
Torné mas muerta al Infante,  
y me abrió tambien su bolsa.  
Desde entonces soy su esclava,  
cuando se mueve su sombra,  
su inspiracion si proyecta,  
sus pies y manos si obra.  
Por él en Flandes me vieron  
cortesana seductora,  
del mismo Rey pesquisando  
lo que os reveló mi historia,  
pues al intento he venido  
como sirena en su flota.  
Por él exalto en España  
la indignacion que rebosa,  
cuando pinto á los flamencos

monstruos de codicia sórdida,  
 vampiros de nuestra sangre,  
 bufones de nuestras glorias.  
 Por él arrastro en pos inia  
 la noble casa de Astorga,  
 las del Almirante y Alba,  
 las de Infantado y Noroña,  
 que al Cardenal se disputan  
 como al náfrago las focas.  
 Y por él, en fin, vos mismo  
 pendiente estais de mi boca,  
 rogándome que os elija  
 para consumir mi obra...  
 ¿Qué decis?

PED. (Con profunda emocion.)

Digo que es cierto,  
 Benedicta de Tolosa;  
 que si no sois una santa  
 de las que los hombres loan,  
 sereis la bruja mas linda  
 que haya volado en escobas.  
 Pedid, mandad, porque tengo  
 mi espada y mi lengua prontas  
 para obligar á don Carlos,  
 con la una ó con la otra.  
 Si abdica...

BEN. Bien, porque abdica.

PED. Si no...

BEN. Mal, porque no ahorra  
 un crimen menos á vos,  
 y un caso mas á la historia.

PED. Soy, pues, vuestro paladin.

BEN. Por tal haré que os escojan.

PED. Decid el plan.

BEN. ¡Eh! no es tiempo.

PED. ¡Cómo!

BEN. La razon es obvia:  
 que otros tambien han de oirlo  
 si esta señal los convoca.

(Ata á los hierros del balcon su pañuelo.)



## ESCENA VIII.

DICHOS y DANIEL, que se dirige taciturna y automáticamente al fondo del escenario.

BEN. (Reconociéndolo.)

¡Mi padre!

PED. (Atónito.) ¡El endemoniado?...

BEN. (Imprimiendo con una expresión sublime de ternura un beso en la mano de su padre.)

¡Mi padre!

PED. ¡Sagrada hostia!

¡El endemoniado!

BEN. (Ap.) ¡Imbécil!

(Alto.) La gente supersticiosa

tal á mi padre supone,

desde que al verse en la horca

perdió ¡pobre loco! el juicio,

blasfemando como ahora.

Por eso veis que franquean

al loco las puertas todas,

y el pueblo rinde á su paso,

y á su voz lo insurrecciona.

(Se percibe confuso y lejano rumor de voces. El loco dá muestras de apercibirlo, murmura palabras ininteligibles, se acerca á Benedicta, la abraza y sale, despues de haberse vuelto á asomar al balcon con interés.)

BEN. ¡Velad! (Aparte, al abrazarla su padre.)

DAN. Si, si.

BEN. Ya os lo he dicho:

(Con misterio y expresión.)

pluma blanca, y negra gorra.

(Váse Daniel por la derecha.)

## ESCENA IX.

DICHOS.

BEN. Pero venid, que os esperan.  
Si obtenemos la victoria,

de ambicion y de venganza  
saciareis la sed hidrópica.

PED. Si sucumbimos...

BEN. El pueblo

(Con íntima conviccion.)

saltará si nos derrotan.

¡Valor y fé! Dios nos guia.

PED. ¡Valor y fé! Dios y gloria.

(Váuse por la puerta por donde salieron el Infante  
y el Conde.)

### ESCENA X.

Es de noche. El DUQUE DEL INFANTADO, el MARQUÉS DE ASTORGA, el MARQUÉS DE NOROÑA y el ALMIRANTE, conducidos por un paje con luces en un candelabro.

ALM. ¡Qué tropel!

(Señalando hácia la calle.)

AST. De tumbo llevan

los tres hilalgos la ronda.

NOR. ¿Quiénes son?

AST. Tres forasteros,

segun el aire y la ropa.

ALM. Cuentan que al acecho estaban.

DUQUE. Quizá por vagos los toman.

(Queda hablando aparte con Noroña.)

AST. Pues viendo está la justicia,  
que los vagos no son momias.

ALM. Como panteras la embisten.

AST. Firmez los tres, como rocas.

NOR. ¿Con que estais, Duque, seguro?

DUQUE. ¡Por san Fermin que sois posma!

¿No hice ver desde la calle,  
que es un lienzo lo que flota?

(Todos se acercan al balcon á reconocerlo.)

ALM. Es la señal concertada.

AST. Teneis vista fabulosa.

ALM. Y eso que nos hiela el frio.

NOR. Y que está la noche fosca.

DUQUE. Mas entré tanto no viene  
la gentil conspiradora,

- cuando acuden á su cita,  
y á su proyecto se asocian  
los jefes de cuatro casas  
de real extirpe goda.  
Vendrá.
- AST. Vendrá.  
NOR. Vendrá.  
ALM. Quién lo duda.  
DUQUE. Mas urge el tiempo.  
ALM. Nos sobra,  
para hacer del Cardenal,  
si el desquite al fin se toma,  
lo que él ha hecho en su caso  
con la nobleza española.
- AST. El jabalí de los bosques  
él á sí mismo se apoda,  
y á nosotros, gozquezuelos  
que revuelca con su trompa.
- DUQUE. Pues bien, á luchar salimos,  
y yo, mientras él se mofa,  
ya veré si mis monteros  
en su cubil lo acogotan.

### ESCENA XI.

DICHOS y BEEEDICTA sobre el umbral de la puerta de la izquierda.

- BEN. (Al paño.)  
¿Serán? ¡tan pronto!... veamos.  
(Abre de par en par la puerta y se coloca á la derecha del quicio.)
- DUQUE. ¡La Serrana de Tolosa!  
(Designando á Benedicta.)
- BEN. Por Castilla.
- ALM. El Almirante.
- BEN. Por Asturias.
- AST. El de Astorga.
- BEN. Pasad.
- ALM. La suerte nos guie.  
(Váse con el de Astorga por donde salió Benedicta.)
- BEN. ¡Dios y la Virgen os oigan!  
Por Leon.

DUQUE. El de Infantado.  
 BEN. Por Valladolid.  
 NOR. Noroña.  
 BEN. Pasad.  
 DUQUE. La suerte nos guie.  
 BEN. ¡Dios y la Virgen os oigan! (Vánse todos.)

## ESCENA XII.

DANIEL, el REY, el CONDE DE YHUNG y D. LUIS DE ÁVILA.

YHUNG. (Á Daniel, alargándole un bolso.)  
 Tomad, y gracias, buen hombre.  
 DAN. (Rechazándolo con desden.)  
 Lleve el diablo tu limosna.  
 CONDE. ¡Arrogancia de españoles!  
 LUIS. Dignidad, es voz mas propia.  
 REY. ¡Bien, don Luis, por vida mia!  
 YHUNG. Este rapaz me sofoca.  
 REY. (Recatándose de Daniel.)  
 Pero ¿sabeis que fué un lance  
 que si lo gana la ronda,  
 dan en tierra mis proyectos  
 y en la cárcel mi corona?  
 ¡Vive Dios! (El Rey dá una carcajada.)  
 DAN. ¡Él es! ¡La pluma!  
 (Reconociendo la garzota del Rey, y saliendo y entrando con marcada impaciencia.)  
 LUIS. ¡Oh, fué un lance de tramoya!  
 REY. Querer prendernos por vagos,  
 maniobrar con las tizonas,  
 lanzarse en medio ese hombre,  
 desaparecer la ronda,  
 mientras él por mas seguros  
 á esta casa nos remolca,  
 todo ha sido en un instante.  
 YHUNG. Donde vá el Rey, su aureóla...  
 REY. ¿Cuya es esta casa?  
 (Á Daniel, que gira maquinalmente por el escenario.)  
 DAN. Vedlo.  
 (Señalando negligentemente el retrato.)

- YHUNG. (Examinéndolo.)  
Un retrato con manoplas,  
y por blason en sus armas  
una serpiente sin cola.
- LUIS. ¡El blason de los Girones!
- REY. Casualidad misteriosa.
- YHUNG. Ah, señor, ¿vos en la casa  
de un rebelde que os provoca?
- REY. ¿Y qué, Yhung, si no es posible  
que el rebelde me conozca?
- LUIS. Mirad que es culebra astuta.
- REY. Tiene cortada la cola.  
(Aludiendo al blason del retrato.)
- YHUNG. Pero, señor...
- REY. ¡Bah! repito  
que el buen Conde poco monta,  
desde que humilde y postrado  
mi Cardenal nos lo endosa.
- YHUNG. Mas no podreis castigarle  
si este asilo en cuenta os toma.
- REY. Antes que rey, caballero.  
Su error quien se humilla, borra.  
Cuando mi enemigo tiembla  
bajo el tacon de mi bota,  
para alargarle la mano  
siempre me parece corta.
- LUIS. ¡Bien, señor, por vida mia!
- YHUNG. Perdonad... (Confuso.)
- REY. Esto no obsta  
para que guieis al sitio  
que indicó la de Tolosa.
- YHUNG. (Á Daniel.)  
¿Vive próximo el Infante?  
(Daniel responde afirmativamente con la cabeza.)  
¿Junto á su casa no hay otra,  
viejo torreou feudal,  
que habita una jóven sola?  
(Daniel medita un instante: despues de una breve  
pauza vuelve á contestar que si con la cabeza.)
- LUIS. (Ap. y designando á Daniel.)  
Que lo conozco presumo:  
(Fijándose mas en su fisonomia.)

- REY. su faz, su mirada torva...  
 Recien venida de Flandes.
- DAN. Si.
- LUIS. Benedicta.
- DAN. La propia.
- YHUNG. Gufanos pues.
- DAN. Si me conviene.
- YHUNG. Di mejor...
- DAN. Si me acomoda.
- LUIS. (Á Yhung.)  
 ¿Veis cómo no es arrogancia  
 la dignidad española?
- REY. Te lo suplica un amigo.
- DAN. (Alargando con afecto una mano al Rey, y señalando misteriosamente su garzota, se dispone á guiarlos.)  
 ¡La pluma blanca en la gorra!
- LUIS. Por fin nos anticipamos  
 justas veinticuatro horas.
- YHUNG. Quien dá pronto dá dos veces.
- REY. ¡Ay del rey que duerme y ronca!  
 (Vánse todos por la puerta de la derecha.)

## ESCENA XIII.

EL INFANTE y el CONDE DE UREÑA por la puerta de la izquierda.

- INF. ¿Ni por mí ni por mi hermano?
- CONDE. Neutral, ni en favor ni en contra.
- INF. Ved, pues, en tan grave asunto  
 cómo estar os corresponda.
- CONDE. Para la lucha sin brazos,  
 para el secreto sin boca.
- INF. ¿Ni os estimula mi arrojo,  
 ni el porvenir os soborna?
- CONDE. Desde ayer acá, señor,  
 tengo aprendido á mi costa,  
 que del hombre los proyectos  
 y el porvenir de las cosas,  
 con un soplo se levantan,  
 con otro se desmoronan.

## ESCENA XIV.

DICHOS y el ALMIRANTE, el DUQUE DE INFANTADO, el MARQUÉS DE ASTORGA, el DE NOROÑA, BENEDICTA y DON PEDRO,  
por dicha puerta.

- BEN. Mañana al cerrar la noche.  
 PED. Todos con armas y cotas.  
 INF. Entrareis por mi palacio  
 del torreón á las bóvedas.  
 BEN. Junto á mí se hallará un jóven  
 con pluma blanca en la gorra:  
 ¡será el Rey!
- INF. ¡Sús, caballeros,  
 para el mas audaz la gloria!  
 AST. ¡Larga vida al Rey Fernando!  
 DUQUE. ¡Por la nación española!  
 CONDE. ¡Dios ampare nuestra patria!  
 PED. ¡Sublime nacion heróica!  
 Sultana del viejo mundo,  
 que Dios encumbra con pompa,  
 dándote el sol por emblema,  
 y los mares por alfombras,  
 y para solaz tus bosques,  
 y tus hijos para honra;  
 tú, que duermes reclinada  
 sobre los mundos que domas,  
 formándote los leones  
 trono y dosel con sus colas;  
 tú, que despiertas al himno  
 que tus guerreros entonan  
 cuando en Méjico te aclaman,  
 despues de Dios «¡la señora!»  
 porque con tu mano cubres  
 de un polo á otro las zonas,  
 y aún te queda medio manto  
 por si el sol mas tierras dora;  
 tú, cuyas iras levantan  
 por valles, montes y costas,  
 para la tierra soldados,  
 bajeles para las ondas,

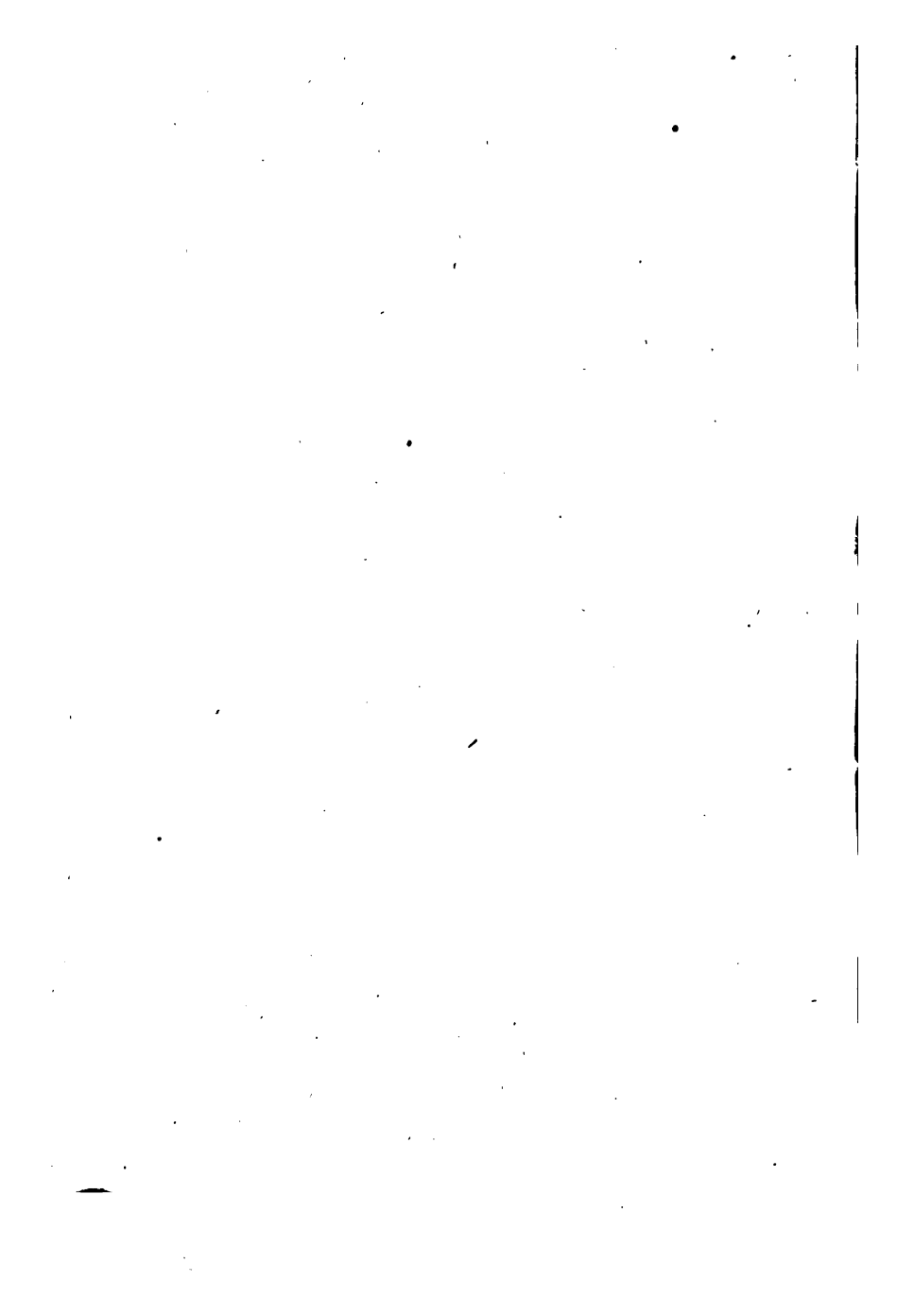
águilas para los vientos,  
y un pendon para la gloria;  
¿sufrirás que te mancillen  
cobardes gentes traidoras,  
que sus fortunas amasan  
con la sangre que te agotan?  
¿Dejarás abrir tus puertas,  
á extranjeros que te expólian,  
para que impunes destruyan  
tu sol de sol como sombras,  
como piratas tus mares,  
tus campos como langostas,  
y tus hijos, vive Dios,  
como hienas que se emboscan?  
¡Nunca, nunca, patria mia!  
Caballeros hay de sobra  
que en los garfios de sus lanzas  
mantengan tus mil coronas,  
y con las puntas arrollen  
cuanto á tu poder se oponga!  
¡Primero Dios, luego España!  
¡Por España!

INF.  
Todos.

Á la victoria.

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**





---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Interior de un torreón feudal, cuya dilatada bóveda está sostenida por columnas. Al foro una chimenea. Á la derecha la puerta de entrada: otra á la izquierda, y una secreta á proporcionada distancia de esta última.

### ESCENA PRIMERA.

El REY dormido, al parecer, en un sillón junto al hogar. BENE-DICTA, disfrazada con la capilla y gorra de D. Luis, y embozada hasta los ojos, finge que también duerme en otro sillón, frontero al del Rey. D. LUIS, oculto detrás de una columna.  
El CONDE DE YHUNG y DANIEL en el proscenio.

YHUNG. (Examinando el local desde su sitio.)

Camaranchon de una bruja,  
mas que albergue de una dama,  
por lúgubre se me antoja,  
vive Dios, esta morada,  
donde parece que gime  
del señor feudal el alma.—  
Y en el artesón, lechuzas;  
y en el pavimento, manchas;  
y en el hogar, esa lumbre,  
que ni enrojece sus ascuas,  
ni mis terrores disipa,  
brotando en lenguas su llama...

(Daniel descubre en este momento á D. Luis, y se

- fija en él, como luchando con sus recuerdos y queriendo reconocerle.)
- DAN. Fíjate, Daniel: recuerda...  
sus mismos ojos, su talla...  
(Se lleva convulsivamente las manos á la cabeza, como queriendo evitar que se confundan sus ideas; y sofocando una carcajada prosigue:)  
Pero al hallar Benedicta  
(Señalando á los demas.)  
tantos locos en su jaula,  
reirá conmigo, y daremos  
una, dos, tres carcajadas.  
(El Rey levanta la cabeza apercibiéndose.)
- YHUNG. ¿Quién habla aquí, mentecato,  
de locos, risas y jaulas?
- DAN. Reirá... porque Dios lo dijo:  
la juventud á las máscaras;  
la edad media á los negocios;  
la vejez á las camándulas.
- YHUNG. Baja la voz, no despierte.  
(Designando al Rey.)
- DAN. La juventud á las máscaras.  
(Esforzando la voz.)
- YHUNG. Bájala digo.
- DAN. ¡Qué diablos!
- YHUNG. Si el que duerme se levanta,  
quizá sofoque tus gritos  
en la horca la mordaza.
- DAN. ¡La horca! ¡eh! cómo... ¡la horca!  
Por Luzbel, otra palabra,  
y lo destronan mis brazos  
(Hace ademán de abalanzarse al Rey.)  
como el oso las carrascas.
- YHUNG. Don Luis...  
(Grita á media voz, llamando al paje y deteniendo á Daniel.)
- DAN. ¡Don Luis!!!
- YHUNG. ¡Duerme!  
(El Rey se levanta con majestad de su asiento, se interpone entre los dos, y mientras el loco retrocede, dice al Conde:)
- REY. Duerme,

- porque vela su monarca.  
 Mas no debió...
- YHUNG.  
 REY. Si debia,  
 que en mi obligacion descansa:  
 pues es bien que duerma el pueblo,  
 y el rey los dos ojos abra.  
 ¿Con que estais aún presente? (A Daniel.)  
 Dios os guarde: ¿cómo os llaman?  
 DAN. Pero si vuelvo á la horca,  
 (Ensimiamado, y como respondiendo á su propio pen-  
 samiento, que lo tortura.)  
 rayo de Dios, ¡quién me salva!  
 Pues no ha venido...
- YHUNG. ¿Quién?  
 DAN. Ella,  
 la hija de mis entrañas.
- REY. El infeliz está loco.
- YHUNG. Tal vez lo fingen sus trazas.
- DAN. (Como inspirado súbitamente.)  
 ¡Oh, si, ya—soberbio, hurra!  
 Daniel, Daniel, pecho al agua,  
 que á tí solo Dios te rinde,  
 porque el infierno te ampara.  
 REY. Loco está.
- YHUNG. Señor, es cierto:  
 le haré salir.
- REY. No, ten calma;  
 pues ya que el niño y el loco  
 siempre la verdad declaran,  
 puede revelarnos este  
 las que con mis fines cuadran;  
 que deben ser de gran monta  
 las que el loco sabe y guarda,  
 porque has visto que su influjo  
 muy alto sin duda raya,  
 cuando dispersa las rondas  
 y la justicia avasalla.  
 ¡Sús, valor! para salvarte  
 (A Daniel cariñosamente.)  
 somos tres, si tú no bastas,  
 con tal de que nos reveles  
 para tomar tu demanda,

quiénes en Valladolid  
te persiguen ó maltratan;  
si son plebeyos ó nobles,  
de esos nobles que amenazan  
tiranos á los del pueblo,  
desleales al monarca.

DAN. (Colocándose misteriosamente en medio del Rey y de Yhung.)

Cinco—no—dos, ví dos hombres—  
uno subió por la tapia—  
dentro en el hogar mi hija—  
querian ¿ois? ¡deshonrarla!—  
Cayó uno—fuése el otro—  
¡vale dos mundos mi daga!—  
Despues, despues—en mis manos  
la sangre bermejeaba.—

(Hace un esfuerzo para coordinar sus ideas.

Luego me arrastró el verdugo  
para morir en la plaza.—

¿Benedicta? ¿Benedicta?—

Y yo andando, y ella—¡nada!

¿Sabeis por qué? Porque entonces  
con el demonio pactaba,  
que me salvase la vida,  
dándole yo—¡chist!—mi alma.

Por fin vino—me saltaron...—

Tengo sed—¡agua!—sed—¡agua!

¿Qué es esto, Yhung?

REY.

YHUNG.

Dios me asista.

REY.

Refiere cosas que pasman.

YHUNG.

¿Y no advertis que á su hija  
confunde con la Serrana?

REY.

Quizá pudiera... veamos:

(Tomando á Daniel por el brazo.)

¿y el que huyó, cómo se llama?

DAN.

No sé—don Luis—no recuerdo.—

REY.

¿Qué don Luis?

YHUNG.

Fíjate, habla.

LUIS.

¡Oh!

YHUNG.

(Atraído por la exclamacion.)

¿Quién vá?

REY.

(Señalando á Benedicta.) Don Luis, que sueña

- que lo acusan, y se espanta.  
**YHUNG.** Me pareció Benedicta,  
 cuya sorpresa esperaba.  
**REY.** Con esta si que has ligado  
 relaciones tan extrañas,  
 que bien pudieras decirnos  
 dónde y con quiénes se halla.  
 (Benedicta se agita en su sillón.)  
**DAN.** ¿Para traerla en mi ayuda?  
**REY.** Para que á librarte salga.  
**DAN.** Pues bien—está—conspirando.  
 (Benedicta se poné en pié, y se a cerca precavidamente  
 á la puerta secreta.)  
**REY.** ¡Yhung!  
**YHUNG.** ¡Señor!  
**DAN.** En esa casa.  
 (Benedicta toca el resorte y entreabre dicha puerta.)  
**REY.** Dí cuál.  
**DAN.** La de los Ureñas.  
**REY.** ¡Benedicta!  
**YHUNG.** ¡La Serranal  
 (Benedicta, detrás del Rey, designando con la mano  
 fatídicamente á su padre, fingiendo misteriosamente  
 la voz, y con una accion rapidísima.)  
**BEN.** ¡La cruz al endemoniado!!!  
**REY.** ¡Ah!  
**DAN.** ¡Tú! (Reconociendo á su hija.)  
**BEN.** Si.  
 (Precipitándose con él hácia la puerta.)  
**YHUNG.** ¡Que Dios me valga!  
 (Momento de sorpresa pavorosa en el Conde y en el  
 Rey. Aprovechándose Benedicta de ella, entrega su  
 disfraz á D. Luis, y dicen.)  
**LUIS.** Pagué.  
**BEN.** Cobré.  
**LUIS.** Y en paz.  
**BEN.** Justo.  
 Honor con honor se paga.  
 (Váse por la puerta secreta por donde ha empujado  
 antes á su padre, y la cual cierra tras sí.)

## ESCENA II.

DICHOS, menos BENEDICTA y DANIEL.

- REY. Por la luz de Dios que tiemblo  
sin ver lo que me anonada:  
¿la religion? ella nunca  
subleva de horror el alma:  
¿el fanatismo? ¡cobarde!  
(Requiriendo su talabarte, y volviéndose airadamente  
á D. Luis.)  
Yhung, don Luis, pronto mi espada.
- LUIS. (Recogiendo confundido la espada del Rey.)  
¡Señor!
- REY. Deten á esos hombres.
- LUIS. (Alargándole la espada.)  
¡Señor!
- REY. El miedo te embarga.
- YHUNG. Ese hombre es el demonio.
- REY. Y yo el rey Carlos de Austria.
- YHUNG. Pues por aquí no han salido,  
(Reconociendo la puerta de entrada, despasando el  
cerrojo, y abriéndola al decir el último verso.)  
y está la puerta cerrada.

## ESCENA III.

DICHOS, y el CAPITAN y D. ALFONSO, que entran al abrir  
Yhung la puerta.

- CAP. Mas no para la justicia,  
que las tiene todas francas.
- REY. (Refrenando su colérica impaciencia.)  
Bien venidos los de afuera.
- ALF. Bien hallados los de casa.
- CAP. Dáos al Rey.
- REY. ¡Al Rey!
- YHUNG. ¡Nosotros!
- LUIS. ¿Quién sois?

- CAP. La justicia, y basta.  
 YHUNG. Pero ¿á quién busca?  
 LUIS. Su nombre.  
 CAP. Si sois tres, el cuarto falta.  
 ALF. Daniel el endemoniado.  
 REY. Lo que pese doy en plata,  
 si me lo poneis ahora  
 bajo el pomo de mi espada.  
 CAP. Pues está chusco el hidalgo  
 con la exigencia y la dádiva;  
 ¡reclamar á la justicia  
 lo que ella busca y reclama!  
 REY. Recoged, buen caballero,  
 por torpe esa bufonada;  
 porque si sois la justicia,  
 ni dá ni recibe chanzas;  
 si no lo sois, perdonadme,  
 no es aqui donde haceis falta.  
 CAP. ¡Ah!  
 LUIS. Si.  
 YHUNG. Si.  
 CAP. ¡Cuerpo de Cristo,  
 me dá una leccion!  
 REY. Tomadla.  
 CAP. Pues yo... (Echando mano á su espada.)  
 ALF. Capitan, cuidado  
 no se desmande quien manda;  
 que no consigue la fuerza  
 lo que la razon alcanza.  
 Dáos al rey, porque en la córte  
 los que las leyes quebrantan,  
 rondando despues de queda  
 con el embozo á las barbas,  
 con las tizonas desnudas,  
 con el temor de asechanzas,  
 con el hito en los balcones,  
 y con un loco por guarda,  
 son...  
 CAP. Lo que sois.  
 REY. Delincuentes.  
 ALF. Y los que ademas rechazan  
 la ronda que los persigue



con gritos, y á mano armada,  
son...

CAP.

Lo que sois...

REY.

Criminales.

CAP.

Para quienes, á Dios gracias,  
destina el buen Cardenal  
las galeras y la marca.

REY.

Rígido es.

CAP.

Justiciero.

REY.

Tiene nombre.

ALF.

Tiene fama.

REY.

Y venis...

CAP.

Por órden suya.

REY.

Veamos.

ALF.

Vedla. (Entregándosela.)

REY.

Firmada. (Devolviéndosela.)

CAP.

Seguid, pues, á la justicia.

ALF.

Que hasta el rey debe acatarla.

REY.

Si el rey es digno de serlo,

besa, como yo, su vara.

(Se descubre y lo hace.)

Sigo, pues, á la justicia.

LUIS.

Señor. (Intentando con Yhung la resistencia.)

REY.

Humíllate, y anda.

## ESCENA IV.

DICHOS, y BENEDICTA, que aparece sobre el umbral de la puerta de la izquierda, al ir á salir por la de la derecha los otros: al verla, marca el Rey un gesto de repugnancia, D. Luis de temor y de sobresalto Yhung.

BEN.

¡Magnífico! (Adelantándose.)

YHUNG.

¡Benedicta!

LUIS.

¡Cielos!

REY.

¡Ella!

ALF.

Paso.

CAP.

En marcha.

BEN.

Eso será... no tan pronto,  
que así mis huéspedes salgan  
sin darles mi enhorabuena,

(Volviéndose respectivamente á unos y á otros.)

- y á ellos dos mi enhoramala.  
¡Oh!...
- CAP.  
BEN. Si, confesad, señores,  
que cuando aqui me arrebatan,  
ya veis, tan violentamente,  
los que honran mi morada,  
como mujer me atropellan,  
como señora me agravian:  
y ó no serán caballeros  
los que asi su lustre empañan,  
ó habrán de satisfacerme  
por mujer...
- ALF. Cierto.  
BEN. Y por dama.
- YHUNG. (Aparte al Rey.)  
La juzgo, y me abismo en dudas.
- REY. (Idem a Yhung.)  
Júzgala mas, y compara.
- BEN. (Ap.) Nos estudian, estudiemos.
- ALF. (Idem al Capitan.)  
¿Contestaré?
- CAP. (Idem á D. Alfonso.)  
Lo que os plazca.
- ALF. Si el deber, señora, fuese  
rémora menos tirana,  
dieramos pruebas de nobles  
para que os desagraviaran,  
dejando libres los presos,  
las voluntades esclavas;  
mas ya veis que es imposible...
- BEN. Que el sol sin aurora salga,  
mas no que salgais sin ellos,  
por el honor de mi casa:
- CAP. Perdonad; sin ellos nunca.
- ALF. Nuestro deber nos coaeta.
- BEN. Fuego en el deber.—Entonces,  
(A D. Alfonso.)  
permitid...
- ALF. Soy vuestro.
- BEN. Gracias:  
que á solas con este hidalgo  
(Designaado al Rey.)

- por algun tiempo departa.  
 Podeis abajo esperarle.
- ALF. ¿Con estos dos?  
 (Señalando á Yhung y á D. Luis.)
- BEN. Si os agrada;  
 para que os digan si el loco  
 tiene pies ó tiene alas.
- LUIS. ¡Señor! (Resistiéndose á abandonarle.)
- REY. (Aparte á D. Luis, y entregándole el anillo que lleva  
 en el índice.  
 Oculta mi sello.
- YHUNG. ¡Señor!
- REY. Id en paz.
- BEN. Y en gracia:  
 que Dios por nosotros vela.
- REY. (Aparte á Yhung y á D. Luis al pasar junto á él.)  
 Ni un gesto ni una palabra.

## ESCENA V.

EL REY y BENEDICTA.

- REY. Vales, Benedicta, un mundo.
- BEN. Señor...
- REY. ¡Qué feliz audacia!  
 ¡qué oportuna en los ardides,  
 qué sorprendente en las cábalas,  
 qué admirable en estos lances  
 tu imaginacion volcánica!
- BEN. Me confundis...
- REY. No, te admiro:  
 porque en tales circunstancias,  
 es mucho obrar como obraste,  
 cuando hoy no me esperabas.
- BEN. Siempre espera quien bien sirve.
- REY. Mejor quien conspira ó ama.  
 (Con profunda intencion.)
- BEN. Dícelo asi vuestra alteza.
- REY. Y un loco.
- BEN. Un loco se engaña.
- REY. Juran que el loco y el niño  
 siempre la verdad declaran.

BEN. Y ese de que hablais ¿qué dice?  
 REY. Que tú, pardiez, conspirabas.  
 BEN. Ved ahí que en esto acierte.  
 REY. Con mi hermano.  
 BEN. Cosa rara.  
 REY. Y en union con los de Ureña.  
 BEN. Digo que el loco es alhaja.  
 ¿Y si así fuese?  
 REY. Si fuese...  
 BEN. ¿Qué hiciera el Rey?  
 REY. El Rey...  
 BEN. ¡Calla!  
 REY. Siente el corazón tan grande,  
 vé su cabeza tan alta,  
 hay tal prestigio en su nombre,  
 y en su frente gloria tanta,  
 que al mirar esos reptiles  
 bullir mordiéndolo sus plantas.  
 quizá para mas castigo...  
 BEN. ¿Qué hiciera?  
 REY. Los perdonara.  
 BEN. ¡Gran Rey!  
 REY. Di mejor, gran hombre:  
 como á Escipion mas me halaga:  
 BEN. Pero suponed que ahora  
 lo enredasen ya sus tramas.  
 REY. Las deshará con un sopro.  
 BEN. Por temor.  
 REY. Por repugnancia;  
 como si al pasar me enredo  
 con las telas de una araña;  
 dejando á la tramadora  
 que huya en paz, y sea mas cauta.  
 BEN. ¡Gran hombre!  
 REY. En esto, gran rey;  
 porque lucha, vence y salva.  
 BEN. ¡Nunca lo admiré tan grande!  
 REY. Porque tus ojos, cuitada,  
 vieron al niño en amores,  
 pero jamás al monarca.  
 Y ahora, pues, que estamos juntos,  
 y he caído en tu celada,

¿qué piden los que te ayudan?  
tus cómplices ¿qué reclaman?

BEN. Piden, señor, dos coronas  
para el Infante de España;  
piden abolidos fueros,  
piden, perdonad su audacia,  
que vuestra alteza no reine  
mientras reine doña Juana.

REY. Mi madre, (Se descubre.)  
Dios la bendiga:  
mi hermano, (Se cubre.)  
Dios le dé calma.

¿Con que serán dos coronas?  
mírelo bien la Serrana.

BEN. Las de Aragon y Sicilia.

REY. Vive Dios que son pesadas,  
para que puedas tú sola  
desde mis pies levantarlas.

BEN. Tengo, señor, quien me ayude:  
ved, oid...

(Toca un resorte en la columna inmediata, suena  
adentro un timbre, y luego tres campanadas.)

REY. ¡Tres campanadas!

BEN. Tres paladines responden  
que servirán de palancas.

REY. Me placen las aventuras  
donde mis fuerzas se ensayan.

BEN. Pues abordad la presente.

REY. No vuelve un Rey las espaldas.

BEN. Sois, señor, digno adversario.

REY. Romperemos una lanza.

BEN. Buenas las tiene el palenque.

REL. Mejor es Dios y mi causa.

BEN. Podeis probarlo.

REY. Probemos.

BEN. Pero vais solo y sin armas.

REY. Mi fé, mi aliento y mis ojos  
para los traidores bastan.

BEN. Pues por aquí.

REY. Bien.

BEN. Dignaos...

(Abriendo la puerta de la izquierda, é invitando a

Rey á que pase. Este titubea un momento.)  
¿Teneis... miedo?

REY. ¿Yo? ¡villana!

Siendo niño me criaron  
de un leon frente á la jaula,  
y al compás de sus rugidos  
en la cuna me arrullaban.  
Calor me dieron sus hálites,  
sus mechones tosca manta,  
sus ojos bárbaro brio,  
salvaje ardor su pujanza:  
y al revolverse iracundo  
con majestad soberana,  
batiendo la ardiente cola  
sus melenas erizadas,  
y dilatando sus fauces  
para devorar con ansia,  
la sangrienta carne cruda  
que sus dientes trituraban,  
frenético me veian  
lanzarme á la balaustrada,  
y enseñándole mis manos,  
juntas allí con sus garras,  
cogérselas repitiendo:  
¡yo tambien, pero... de águila!  
Que te responda el leon  
si tengo miedo ¡villana!  
(El Rey atraviesa con majestad el quicio de la puerta, y sale.)

## ESCENA VI.

BENEDICTA, profundamente conmovida y atónita, junto á dicha: puerta, y D. PEDRO, diciendo al abrir sigilosamente la secreta

PED. Dió la señal y no entraron...  
(Acercándose á Benedicta.)  
pero ¡sola, yerta y pálida!  
¿Benedicta?

BEN. ¡Tengo miedo!

PED. ¿Y el Rey?

BEN. Entró.



## ESCENA VII.

EL CONDE DE UREÑA, y luego D. LUIS por la puerta de la derecha. Los dos primeros versos desde adentro.

- CONDE. Respondo yo de este jóven,  
mientras aqui me acompaña.  
Llegad, señor caballero.
- LUIS. (Reconociendo con sorpresa el local.)  
¡Nadie!...
- CONDE. Solos en la estancia.  
Podeis hablar francamente  
del objeto de esta carta.
- LUIS. ¿Sois, pues, el Conde de Ureña?
- CONDE. Y vos sois...
- LUIS. Don Luis de Ávila.
- CONDE. ¿Paje del Rey?
- LUIS. Ved mi firma.
- CONDE. (Ap.) ¡Qué sucede!  
(Alto.) Si, muy clara.  
(Fijándose en el papel que lleva en la mano.)  
¿Y á qué le debo la honra  
de tal cita y en tal casa,  
vos cautivo, yo con duelos,  
y á unas horas tan aciagas?  
(D. Luis se agita impaciente, como queriendo penetrar el secreto de aquellas paredes.)
- LUIS. Si sois leal como hidalgo,  
¿tendreis fé?
- CONDE. Ya muy gastada.
- LUIS. ¿Corazon?
- CONDE. Ya muy herido.
- LUIS. ¿Prudencia?
- CONDE. Ya veis mis canas.
- LUIS. De cualquier modo, sois noble.
- CONDE. De generosa prosapia.
- LUIS. Por eso al Conde de Ureña  
soy yo quien aqui lo llama,  
para decirle...
- CONDE. Decidlo.
- LUIS. Que su Rey está en desgracia...  
Pero ¡lo ois sin turbaros!



CONDE. (Ap.) ¿No era el plan para mañana?

LUIS. Sin turbaros, caballero,  
y ese Rey es el de España,  
y ese noble que lo escucha  
tiene honor y ciñe espada?  
Yo esperé que os hallaria  
contra el Rey ardiendo en saña,  
porque al fin no besa un Grande  
la mano que lo avasalla:  
pero supuse tambien  
que una sangre tan hidalga,  
se purgase generosa  
de sus pasiones bastardas;  
y ante el peligro del trono,  
y ante el baldon de la patria,  
me probase que en los Grandes  
la grandeza está en el alma.

CONDE. Sois, don Luis, harto severo;  
porque en cuestiones tan árduas  
la juventud es muy viva,  
pero la vejez muy tarda.

¿Con que juzgais á su alteza,

(Se descubre.)

guárdele Dios, en desgracia?

(Se cubre.)

¿dónde?

LUIS. Aquí.

CONDE. ¿Por quién?

LUIS. Oídme:

dos años há que insensata  
mi pasion por una jóven,  
me hizo escalar su ventana;  
cuando casi al trasponerla,  
sentí que al pié de la escala,  
soltó mi cómplice un grito,  
rodando de una estocada.

Sabeis...

CONDE. Decid.

LUIS. ¿Quiénes eran

el asesino y la dama?

Daniel el endemoniado,

Benedicta la Serrana.

(Breve pausa.)

Pero me salvó del padre  
la hija que yo infamaba;  
satisfaciendo su ofensa  
con obligarme á jurarla,  
que si una vez lo exigiese,  
mi honor por su honor pagara.  
Corrió el tiempo, vilo en Flandes,  
tornamos juntos á España;  
y hará tal vez una hora  
que aqui mismo, en esta sala,  
prestándome á sus ardides  
para que al Rey espicara,  
bien á costa de mi honor  
quedó mi deuda pagada.  
Pues bien; ella, Benedicta,  
sustrajo al Rey de esta cámara;  
reptil astuto lo acecha,  
serpiente infame lo ataca;  
y aunque no alcanzo los fines  
de su empresa temeraria,  
vos que, segun lo atestiguan,  
sois actor en este drama,  
penetrareis los misterios  
de la mujer que lo fragua;

(El Conde aparece dominado por un pensamiento.)

y al oír que un hombre os dice,  
Grande, por grande te emplazan;  
enemigo, sé magnánimo;  
noble á tu señor ampara,  
vereis si os cumple salvarle

(Como inspirado por lo último que escucha, el Conde  
expresa con un gesto su satisfaccion, y se fija en el  
diálogo.)

con vuestra sublime táctica,  
ó estampar en vuestro escudo  
para mengua castellana,  
«Giron el de las traiciones,»  
por «Giron el de la fama.»

CONDE.

Giron escucha y perdona,  
jóven, esas frases cáusticas,  
por el infortunio régio

que lo aturde y os exalta:  
y confundiendo en sus ojos  
la ira con la templanza,  
quiere á su vez preguntaros...

LUIS. Secretos que al Rey se guardan,  
no hay lengua que los revele  
sin secarse en la garganta.

CONDE. Sutil andais y discreto.

LUIS. Vos remiso.

CONDE. Yo, con pausa;  
porque al fin, justo es decirlo,  
Rey que tanto se recata  
de sus nobles, y en Castilla,  
ó no es rey, ó es rey de farsa.

LUIS. Ved que os juro...

CONDE. Si, ya veo  
que es mi rudeza muy franca:  
pero confesad, hidalgo,  
que entre misterios velada,  
y á deshoras vagabuñda,  
y escarnecida á mansalva,  
no hay español que adivine  
la majestad de un monarca.

LUIS. Pero un rey entra en sus pueblos...

CONDE. Entra, mas no los asalta.

LUIS. De suerte que...

CONDE. Que no es mucho  
que á Giron dudar le haga,  
pues él de sí mismo duda  
cuando se esconde y disfraza.

LUIS. Pero mirad...

CONDE. ¡Ayl los viejos  
tan solo ven lo que palpan.

LUIS. Sutil andais.

CONDE. Vos remiso;  
porque suponiendo exacta  
la relacion que os escucho,  
no dais para autorizarla  
ni una prueba á mis sentidos,  
ni á mi conducta una pauta.

LUIS. ¿Puebas? Tomad.

(Sacando de su escarcela el anillo del Rey y entre-

gándosele.)  
**CONDE.** ¡Linda joya!  
**LUIS.** (Llamando sobre la piedra la atención del Conde.)  
 Ved.  
**CONDE.** (Ap.) ¡Su sello! (Alto.) Una esmeralda.

### ESCENA VIII.

**DICHOS**, y **DANIEL**, que abre sigilosamente la puerta secreta, y sin acordarse de cerrarla se dirige, como yerto de frío, á la chimenea, despues de reconocer con una indefinible zozobra el escenario. D. Luis no se apercebe por estar vuelto de espaldas á la citada puerta.

**LUIS.** ¿Y en ella qué?  
**CONDE.** (Ap., reconociendo á Daniel.)  
 ¡Ah! (Alto.) En ella...  
 (Ap., fijándose precavidamente en Daniel.)  
 Trájole mi suerte. (Alto.) Nada.  
**LUIS.** (Con insistencia.)  
 Mirad mejor...  
 (Daniel revuelve en el hogar las ascuas.)  
**CONDE.** Caballero,  
 permitid... que ya me cansa  
 fingir siquiera que escucho  
 tan ridículas patrañas.  
 Y no por decirlo ataco  
 vuestra fé, don Luis de Ávila;  
 (Pronuncia este nombre con significativa expresion,  
 y tambien los siguientes versos, para evocar los re-  
 cuerdos y fijar la atención de Daniel; quien se estre-  
 mece convulsivamente, hace un supremo esfuerzo  
 para coordinar sus ideas, se levanta, fijase ahinca-  
 damente en el diálogo, y se dispone á obrar.)  
 sino el error y el delirio  
 que á la demencia os arrastran,  
 desde la noche de horrores  
 (Daniel se aproxima cada vez mas por detrás de don  
 Luis, y cada vez tambien mas significativo al oír al  
 Conde.)  
 en que os salvó disfamada,  
 bajo el puñal de su padre,

Benedicta la Serrana.

(Dantel, lanzando un grito terrible, se precipita sobre D. Luis.)

DAN. ¡Él!!!

LUIS. ¡Ah!

DAN. ¡Él!!!

LUIS. ¡Dios mio!

DAN. (Con un júbilo delirante.) ¡Mio!

LUIS. ¡Fatalidad!

DAN. (Con profunda entonacion.) ¡Deshonrarla!!!

CONDE. (Ap.) Tú sola, ambicion, tú sola:

triunfo tal con nadie partas:

¡Quién como el Rey si se pierde!

¡quién como tú si lo salvas!

(Váse por la puerta secreta.)

## ESCENA IX.

D. LUIS, queriendo abalanzarse á la puerta secreta, que el Conde en su precipitacion no se cuidó de cerrar, y DANIEL, contentándole vigorosamente por un brazo, y contemplándole con estúpido ahínco. El diálogo indica las inflexiones de voz, las transiciones de afectos, las pausas y el trastorno violento de la locura, que tan pronto afirma como niega, y olvida como recuerda.

LUIS. (Apostrofando al Conde.)  
¡Ah, traidor... traidor, me vendes!  
Su sello...

DAN. Verás.

LUIS. (A Daniel.) Aparta.

DAN. Y tú ¿no has visto—la horca?

LUIS. Su sello...

DAN. ¡Chist!—anda, anda—  
la verás—iré—¡yo!... nunca.—  
Bien—iré—y aunque tan alta,  
quitaremos mi cabeza,  
que han clavado en esa escarpia,  
y entre don Luis y mi hija  
rodando haremos que caiga.  
¡Benedicta!—¡ah! ¿tu afrenta?  
lávala con sangre—¡lava!—

(D. Luis que, anonadado por el terror y la sorpresa, no habia opuesto resistencia al loco, hace un esfuerzo para ganar la puerta. Daniel prorrumpe en una carcajada nerviosa.)

¿Quieres huir?—¡ya! te asustas porque te arrastro á la plaza.—  
Mírame—soy—¡el verdugo!—  
no—¡su padre!...

(Suelta á D. Luis para buscar su daga en la cintura.)

LUIS.

¡Dios me valga!!!

(D. Luis, y en pos suyo Daniel, ganan la puerta secreta, dejándola cerrada la violencia de la repercusión.)

## ESCENA X.

El REY, con espada en mano, y D. PEDRO GIRON, el ALMIRANTE, el DUQUE DEL INFANTADO y el MARQUÉS DE ASTORGA, con antifaces por la puerta de la izquierda. Los cuatro primeros versos desde adentro.

REY. Paso al Rey, cobardes, paso:  
porque el leon en la trampa  
si no ruge de vergüenza,  
de cólera despedaza.  
Paso al Rey...

(La puerta se abre violentamente, y salen.)

TODOS. (En son de amenaza.) Señor.

REY. (Envainando la espada.) Traidores,  
que me cercan y acorralan,  
como en el monte los perros  
á la feroz alimaña.

INF. Jurad pues.

ALM. Firmad.

REY. Y os digo  
que si hablais al Rey...

PED. (Alargándole un pergamino.) Firmadla.

REY. Si hablais al Rey, de rodillas;  
si al hombre, con las espadas.

PED. Ved, señor, que no se aterran  
por cóleras ni amenazas,

los que al azar de este juego  
sus cuatro cabezas lanzan;  
porque al barajarlo saben  
que las juegan y se guardan,  
para el verdugo si pierden,  
para la gloria si ganan.

REY. ¿Quién se atreve á hablar de gloria  
cuando se cubre de infamia?

AST. Los que conspiran y vencen.

INF. Los que os turban con su hazaña.

ALM. Los que de la muerte rien.

PED. Los que lloran de venganza.

REY. Pues, vive Dios, que á los mismos  
que tal piensen y tal hagan,  
en esta tierra, que brota  
mundos, héroes, honra y lanzas,  
los harán mis manos polvo,  
que lo difundan y esparzan  
con sus relinchos al viento  
mis caballos de batalla,  
para enseñar que ni polvo  
deja el traidor en España.

PED. ¡Fuegos tiene el Rey don Carlos!

REY. Y solo Dios los apaga.

AST. Mucho en la suerte confía.

REY. Porque cuenta con su alma.

PED. Grande ha de ser.

REY. Como el mundo.

ALM. Tiene ambicion.

REY. Que lo espanta.

INF. ¿Qué será pues de la Europa?

REY. Me ha de servir de peana.

PED. Y de esclavos nuestros pueblos.

REY. Jamás los hubo en Numancia.

AST. Pues la nobleza se irrita.

REY. Como el caballo á quien traban.

PED. ¿La domareis?

REY. ¿Quién lo duda?

PED. Por Dios que es pujante y brava.

REY. Se amansará con el fuego  
de mosquetes y bombardas,  
tirando con riendas de oro

de mi carro en las campañas;  
comiendo el pan de la guerra;  
bebiendo sangre en las charcas;  
y apurando en las victorias,  
de mi festin las migajas.

PED. Antes que abatida, muerta.

REY. Muerta está!

PED. Pues muerta, mata.

REY. Cuente el Rey con su justicia,  
que su pueblo y Dios lo guardan.

PED. Lance un grito la nobleza,  
y hará del cetro una caña.

REY. ¡Pobre nobleza caduca,  
sin porvenir y sin basa  
desde que arruinó mi abuelo  
tú feudalismo y tus arcas!  
No rugen ya tus motines,  
ni aquí vuelven tus cruzadas,  
ni al pregon de tus heraldos  
quitas y pones monarcas:  
no renovarás los tiempos  
en que al pié de tus murallas,  
iban los reyes mendigos  
á pedirte pan y lanzas.  
Hoy que el Rey es centro y vida  
de la nacion que lo aclama,  
serás, caduca nobleza,  
de su trono mercenaria:  
segun tus vicios, tu nombre,  
segun tu virtud, tu fama.

PED. ¿Quién tal dice?

REY. Yó, su amo.

AST. ¡Señor! (Atónito.)

ALM. ¡Ah! (Fascinado.)

INF. Señor. (Confundido.)

PED. (Volviéndose á los suyos.) ¡Mal haya  
quien pusilánime tiemble,  
quien perjuro se retraiga!  
Si esa nobleza española,  
que en su ilusion rinde y mata,  
desplega en último trance  
todo el poder de su raza;



y á los plebeyos incita  
 con el botin que los harta,  
 y á las tropas desenfrena,  
 y á las ciudades arrastra,  
 y acomete y los derrumba  
 como inmensa catarata,  
 sin dejar piedra con piedra  
 de ese trono que os espanta;  
 ¿qué hará, decid, qué hará entonces  
 Cárlos primero de España?

Y si despues la nobleza  
 Rey al Infante proclama,  
 como á don Sancho en Toledo,  
 como á don Alfonso en Ávila,  
 ¿qué será, señor, entonces (Volviéndose al Rey.)  
 la nobleza castellana?

REY. La mujer de Lot, que vuelve  
 contra mí, su Rey, la cara,  
 y mi aliento la trasforma  
 de negra sal en estátua.

INF. ¿Sois, pues, señor, mas que un reino,  
 mas que los hombres en-masa!

PED. ¿Quién sois, pues? ,

REY. (Con infinita majestad.) ¡Yo soy mi siglo!!!

(Demostraciones de admiracion y de entusiasmo en  
 el Duque, en el Marqués y en el Almirante: D. Pedro  
 las sofoca con el gesto, con el ademan y con la pa-  
 labra.)

PED. Y nosotros... esa España,  
 que los flamencos explotan,  
 venden, turban y desangran;  
 y el Cardenal tiraniza,  
 rinde, incendia y amilana:  
 somos tambien esos nobles,  
 que al horror de mengua tanta,  
 vuelven contra sus verdugos  
 las picotas y las hachas;  
 y aqui, señor, á pie firme,  
 con las cabezas tan altas,  
 que nos parecen los reyes  
 de mas raquílicas tallas,  
 pedimos...

INF.

Si.

AST.

Si.

PED.

Pedimos

que jure Carlos de Austria,  
no gobernar en Castilla,  
mientras reine doña Juana.  
Que jure aquí nuestros fueros,

(Señalando con la mano izquierda el pergamino, que  
alarga con la derecha.)

derogados en Simancas:  
y que firme su renuncia  
de Aragon, Sicilia y Parma,  
reservando sus coronas,  
para el Infante de España.  
Jurad.

AST.

Firmad.

INF.

ALM.

Lo exigimos

por la salud de la patria.

AST.

Por la vuestra.

INF.

Por el trono.

PED.

(Descubriéndose y presentándole el pergamino.)

Ved aquí, señor, el acta.

REY.

(Con soberana dignidad y sangre fría.)

Bien está; dadme: y ahora,  
yo, que nunca la arrojára  
contra un rostro descubierto,  
la arrojo contra esas máscaras.

(Hace pedazos el acta, y lo ejecuta.)

AST.

¡Rayo de Dios!

ALM.

¡Luz de Cristo!

PED.

¡Morir!!!

(Los conjurados, ciegos de cólera y de vergüenza,  
echan mano á las empuñaduras de sus montantes:

D. Pedro dá un paso en ademán de acometer al Rey:  
pero retroceden como heridos por la consideración de  
su propio crimen.)

REY.

¡Impotente rabia!

(Á D. Pedro.)

¿Sabes por qué, miserable,  
para ofenderme no saltan  
ni tus ojos de sus cuencas,  
ni tu puñal de su vaina?

(A todos.)

¡Sabeis por qué vuestra sangre  
lejos de bullir se cuaja,  
y los músculos se crispan,  
y el terror los pies os clava?  
Porque al mirar confundidos,  
mi cabeza coronada,  
veis que la sombra de Dios  
relampagueando pasa:  
porque en esta frente ungida  
veis con asombro que estampan,  
la Providencia su sello,  
la dominacion su marca.  
¡Ley de las dominaciones,  
tú eres la ley de mi espada!  
¡Ley de las dominaciones,  
todo por tí para España!—  
¿Qué haceis ya?... Salid, lo mando.

PED.

(A los suyos.)

¡Valor!

REY.

(Con mayor energia.)

¡Salid!

PED.

(A los suyos con desesperada resolucion.)

¡Pertinacia!

REY.

(A D. Pedro.)

No me roben tus traiciones  
el placer de perdonarlas.

PED.

(A los suyos.)

Antes firmará con sangre,  
por la que al rostro me saca.

REY.

Rostros que se encubren tanto,  
bien ocultan esas manchas.

AST.

Pero tentais á los hombres.

REY.

Ellos á Dios.

PED.

(Separando á los suyos y saliendo al frente.)

Pues bien; plaza...

Vais á ver, señor, mi rostro:  
vais á ver que si nos ata  
la majestad de los reyes,  
las injurias nos desatan:  
vais á ver que no están muertos  
cuando mi furor estalla,

ni estos ojos en sus cuencas,  
ni este puñal en su vaina.

Caballeros de mi alcurnia,

(Volviéndose á los suyos.)

¡salud al Rey que hoy acaba!

(Desenvaina la espada, se descubre y saluda profunda y reverentemente al soberano. Lo mismo hacen los otros á su vez.)

LOS TRES. ¡Salud al rey! (Se cubren todos.)

PED. Y ahora el hombre,

que venga y cuente mis manchas;

que yo le arrojo por guante  
para mas baldon, mi máscara.

(Se la arranca y la arroja á los pies del Rey. Lo propio ejecutan los demas.)

AST. Y yo.

INF. y ALM. Y yo.

REY. No, insensatos,  
no enseñeis al Rey las caras,  
que hoy no quiere conoceros,  
para humillaros mañana.

PED. (Colocándose enfrente del Rey.)  
Don Pedro Giron me llamo.

REY. (Volviéndose sorprendido á contemplarle.)

¡Giron, el de las hazañas!

¡Giron, el que dió á sus reyes  
hasta el giron de su capa!!

Giron, que Dios te perdone,  
como el rey Cárlos de Austria.

## ESCENA XI.

DICHOS, y BENEDICTA sobre el quicio de la puerta por donde salió el Rey con los conjurados, en aleman de esperar con vivísima ansiedad el desenlace.

PED. No es tu piedad lo que busco,  
sino tu espada.

REY. (Expresando su resolucion con un gesto, que revela toda la energia de su espíritu, y desenvainando y tendiendo su espada con inalterable sangre fria.)

Mi espada.

- PED.** (Poniéndose en guardia, y saludando.)  
¡Por el nuevo rey Fernando!
- LOS TRES.** (Saludando del mismo modo, y dejando despues sus espadas en el suelo, como esperando vez.)  
¡Por el Infante de España!
- REY.** ¿Pero dónde está mi hermano?  
¿dónde se oculta?... Que salga,  
como en Montiel á don Pedro,  
su hermano el de Trastamara...  
¿Dónde te ocultas, Infante?...  
ven á probar si me arrancan  
ni un florón de mi corona  
(Señalando á los cuatro.)  
tus cuatro perros de caza:  
ven á morir si no reinas,  
ven á reinar si me matas.

### ESCENA XII.

**DICHOS**, y el **CONDE DE UREÑA**, abriendo con violencia la puerta secreta. Algo despues **DANIEL** por la misma.

- CONDE.** ¡El Infante ha muerto!!!
- TODOS.** (Sorpresa pavorosa.) ¡Muerto!!!
- DAN.** (Blandiendo su puñal.)  
¡Vale dos mundos mi daga!
- BEN.** (Lanzando un grito desgarrador, y señalando horrorizada á su padre.)  
¡Por él!!!
- REY.** ¿Mi hermano!
- INF., ALM., AST., PED. y BEN.** ¡Perdidos!  
(Salen aterrados los cuatro primeros por la puerta secreta, y la última por la en que se halla Daniel: este la vé y la sigue.)

### ESCENA XIII.

**DICHOS**, menos los que han salido.

- REY.** ¡Mejor es Dios y mi causa!
- CONDE.** ¡Lo salvé... por fin!
- REY.** (Volviéndose sorprendido.) ¡Tú!

CONDE. (Procurando que el Rey le siga.) Pronto... seguidme...

REY. ¿Quién eres? habla.

CONDE. Soy... la lealtad española.  
(Entregándole su anillo.)

REY. ¡Bien, por el honor de España!

## ESCENA XIV.

DICHOS, y D. LUIS, que con una mano sobre el costado derecho, como si cubriese una herida, se arrastra hasta asomar la cabeza y parte del cuerpo por la puerta secreta, á tiempo que el Rey y el Conde estan á punto de salir por la de la derecha.

CONDE. ¡Quién como el Rey!

LUIS. (Con voz doliente.) ¡Lo ha salvado!

REY. ¡Quién como Dios!

(Salen el Conde y el Rey.)

LUIS. (Elevando los ojos y una mano al cielo.)

¡Gracias, gracias!!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

Salon gótico en el palacio real de Valladolid, con estatuas y con fastuosa pompa decorado. Sobre dos leones con los globos del mundo bajo sus garras, y entre las columnas de Hércules, con remate de coronas cada una, y enlazadas por el rótulo PLUS ULTRA, de grandes letras de plata, se situará convenientemente el trono. Puerta principal de entrada á la derecha: otra á la izquierda para los departamentos de palacio: al fondo del escenario, y oculta por una colgadura de terciopelo bordado de castillos y leones, una galería con baiaustrada á la calle, á la cual, por ser corrida, dan también entrada otras habitaciones interiores. Son las diez de la mañana.

### ESCENA PRIMERA.

A la derecha, el estruendo de las músicas marciales muy debilitado por la distancia: á la izquierda la orquesta, el órgano y las voces que entonan el Te-Deum en la capilla Real; y á lo lejos, confusamente perceptibles, las aclamaciones de la muchedumbre, las salvas de la artillería, y los repiques de las campanas. Los mesnaderos de palacio con alabardas y partesanas, los maceros, reyes de armas, pajes, uno de ellos con las llaves de oro de la ciudad en una bandeja de plata, gentiles-hombres españoles y flamencos, damas de la corte, D. ALFONSO TELLEZ con los jurados de Valladolid, el MARQUÉS DE NOROÑA, el CONDE DE UREÑA, el de YHUNG, y el REY, salen por la puerta principal. Los reyes de armas se colocan junto al trono, y los maceros en ambas puertas, mientras pasa toda la comitiva, y se vá por la de las habitaciones interiores.



## ESCENA II.

BENEDICTA, que se introduce en el salon cautelosamente, aprovechando la confusion de los cortesanos, y detiene al Marqués de Noroña.

NOR. ¡Temeridad sin ejemplo!

BEN. Tardabas.

NOR. No.

BEN. Si.

NOR. ¡Ah!

BEN. Escucha...

(Llevándole al proscenio.)

NOR. ¡Benedicta! (Mortal inquietud.)

BEN. Dos palabras.

Por esto salgo en tu busca,  
favoreciendo mi arrojo  
la confusion de las turbas.

NOR. ¡Vienes á dar tu cabeza!

BEN. Vengo á que el Rey dé la suya.

NOR. ¿Pero ni el trance de anoche,  
ni este lugar te conturban?

BEN. Morir por morir, que sea  
donde el Infante sucumba.

NOR. Pronto, pues.

BEN. ¿Viste al Infante?

¿lo has visto?

NOR. No.

BEN. ¿Ni en la ruta?

NOR. ¡Ni allá ni aqui, todo inútil!

BEN. ¡Nadie se salvó!

NOR. No hay duda.

BEN. Pues óyeme bien, Noroña:  
la muchedumbre aqui junta,  
ciega ya, corre á la plaza  
despavorida y confusa;  
y alrededor de un cadalso  
que dos verdugos ocupan,  
con un brasero que atizan,  
y cuyo fin nos ocultan,  
muévese, túrbase, inquiérese,  
se exalta, ruge y murmura;

con ella van mis parciales,  
 con mis parciales las furias,  
 y con las furias mi audacia,  
 que Dios es grande y me ayuda.  
 Fáltome solo un pretexto  
 para explotar á las turbas,  
 y vélo aqui, si consigo,  
 pues no disciernen ni juzgan,  
 que ya subiendo al cadalso  
 ver á su Infante presuman.  
 Pólvora son sus pasiones;  
 préndolas fuego, y que cunda.  
 ¡Guay del Rey, si dá en las llamas!  
 ¡guay del Rey, si Dios me ayuda!  
 Pero infeliz...

NOR.  
 BEN.

Tú al acecho:  
 para el audaz la fortuna.  
 (Vánse por la puerta principal.)

### ESCENA III.

Los CONDES DE UREÑA y de YHUNG, por la puerta de la izquierda.

CONDE. ¿Y así, pues, nada os ha dicho  
 de su fatal aventura?

YHUNG. Préciase el Rey de muy cauto.

CONDE. (Ap.) Pues mantente, lengua, muda.

YHUNG. Solo vi, por desenlace  
 de aquella farsa nocturna,  
 que el Rey salió noble y fiero,  
 como Rey, no como en fuga;  
 que al llegar mostró á mis guardas  
 bajo su cota su púrpura;  
 les designó los rebeldes;  
 les intimó su captura;  
 dióle al Capitan su órden;  
 á don Alfonso la pluma,  
 y á vos la mano y el pliego  
 que dictó con faz sañuda.

CONDE. (Con mal disimulada inquietud.)  
 Despues...

- YHUNG. Ni supe, ni juzgo  
que del Infante le ocurra  
suponerle con traidores  
pacto, relacion ni culpa.
- CONDE. ¡Nol
- YHUNG. No.
- CONDE. Y ¿opináis?...
- YHUNG. Lo mismo.
- CONDE. Yo... tambien.
- YHUNG. ¿Si?
- CONDE. Si.
- YHUNG. Pues juran  
que mi opinion no es la vuestra.
- CONDE. Pues juran mal, porque en suma  
queriendo el Rey que esto opinen,  
fuera mi opinion absurda.
- YHUNG. Mucho desentraña el Conde.
- CONDE. Soy viejo...
- YHUNG. Cauto.
- CONDE. ¡Diablura!
- YHUNG. ¡Y sagaz!
- CONDE. Yo no, su alteza,  
que asi me advierte y anuncia,  
que ante la razon de estado,  
la razon del hombre es nula.
- YHUNG. ¡Sutil ingenio!
- CONDE. Y ¿qué opina?...
- YHUNG. ¿Quién?
- CONDE. (Titubea.) Vos, de la muerte súbita...
- YHUNG. ¿Del Infante?
- CONDE. Si.
- YHUNG. Calcule,  
ved que soy yo quien calcula,  
que para fingirla anoche,  
no pudo hallar vuestra astucia  
ni mas crítico momento,  
ni mas feliz coyuntura.
- CONDE. Cálculos hay que nos honran.
- YHUNG. Y añaden...
- CONDE. ¿Quién?
- YHUNG. (Titubea.) Yo...
- CONDE. ¿Qué os turba?

YHUNG. Ver lo feliz de la estrella  
que desde anoche os alumbra.

CONDE. La mejor estrella el celo.

YHUNG. Mejor que el celo la industria.

CONDE. Mas decís que añaden...

YHUNG. Digo,  
que obráis con fé.

CONDE. Mucha.

YHUNG. Mucha:

mal hubierais de otro modo  
salvado al Rey de esa chusma,  
con un golpe que revela  
celo y fé, valor y astucia.  
¡Bravo golpe!

CONDE. Bravo.

YHUNG. Golpe...

CONDE. De buena ley.

YHUNG. (Ap.) Miente.

CONDE. (Id.) ¡Duda!

YHUNG. Planes urdis que me aturden.

CONDE. ¡Ah!

YHUNG. Vos.

CONDE. ¡Eh?

YHUNG. ¡Qué travesura,  
para utilizar anoche  
del loco y don Luis la lucha;  
sorprender al noble Infante;  
doblar su terror y angustia;  
relegarlo á su aposento  
bajo dos llaves y á oscuras;  
y luego hacer que coincidan,  
por combinaciones mútuas,  
la novedad de su muerte,  
tan inesperada y brusca,  
con la aparicion del loco  
bañado en sangre y espuma,  
como si á dar fé saliese  
con su regicida gúmia!  
Sois, vive Dios...

CONDE. Caballero,

soy leal.

YHUNG. (Con intencion.)

- Don Luis eso juzga.
- CONDE. (Turbado.)  
¡Don Luis!
- YHUNG. Aunque merecida  
su desgracia conceptúa,  
porque anoche al Rey...
- CONDE. Con todo,  
no fué su herida profunda.
- YHUNG. No le entorpece la lengua.
- CONDE. ¿No?
- YHUNG. Mas el Rey se la anuda.  
(Suenan golpes de alabarda en el suelo anunciando  
que sale el Rey.)

## ESCENA IV.

DICHOS, que se retiran á una distancia respetuosa, y el REY al  
paño, como despidiendo con sus últimas instrucciones á DON  
ALFONSO.

- ALF. Bien, muy bien.
- REY. Y que el verdugo,  
las cuatro máscaras juntas  
(Señalando las que lleva en la mano D. Alfonso.)  
muestre al pueblo cuatro veces,  
de su puñal en la punta:  
y á la voz del pregonero  
que la sentencia divulga,  
las arroje entre las ascuas,  
oidlo bien, una por una.
- ALF. Bien, señor.
- REY. Ah, y os repito  
que si á Benedicta ocultan,  
nadie su guarida inquietara,  
ninguno estorbe su fuga.
- ALF. ¿Ni á su padre?
- REY. Ni á su padre.  
Puente de plata al que huya.  
Dios quiso anoche salvarlos:  
que su voluntad se cumpla.  
(Váse D. Alfonso por la puerta de la derecha.)

## ESCENA V.

DICHOS, menos D. ALFONSO.

REY. (Sin apercebirse, al parecer, del de Ureña.)  
¿Yhung?

YHUNG. Señor.

REY. ¿Juró?

YHUNG. Juraron:

el Almirante sin pugna,  
con lealtad el de Infantado,  
y el de Astorga con lisura;  
pero Giron...

REY. Juraría.

YHUNG. Señor, las hienas no juran.

REY. Pero las hienas se doman,  
laman los pies y no bufan.

YHUNG. Díjelo así.

REY. ¿Y él entonces?

YHUNG. Contestó: si en Flandes usan  
juramentar á los nobles  
para que un secreto encubran,  
decid al Rey que en Castilla,  
para ocultar su aventura,  
si mi cabeza no basta,  
sobra el honor de mi cuna.

REY. (Después de un momento de reflexion.)  
Dijo bien. ¿Qué hicisteis luego?

YHUNG. Darles libertad.

REY. ¿Y excusan  
con su temor su venida?

YHUNG. Ninguno: vendrán.

REY. (Con entusiasmo.) Me gustan  
estos bravos españoles,  
hércules de raza pura,  
buitres hambrientos de guerra,  
cuyo semblante no inmutan  
ni un enemigo en el trono,  
ni un millon en las llanuras.  
¿Qué mas, Yhung?

YHUNG. Su alteza os pide

- con lágrimas...
- REY. ¡Oh, repugna  
ver tan pigmeo á mi hermano  
junto á tan grandes figuras!
- YHUNG. Permitted, señor; os pide  
con lágrimas de ternura,  
que el Rey le quite al Infante  
la cabeza que lo asusta;  
mas el hermano al hermano  
su amor reciproco, nunca.
- REY. ¡Ahora sí!!!
- YHUNG. Pues, desde anoche,  
recluso aqui continúa.  
(El Rey hace un gesto, como indicando que acaba  
de tomar una resolucion, y saca y entrega un pliego  
á Yhung.)
- REY. Para él; y á Flandes en posta.
- YHUNG. ¿Sin darle espera?
- REY. Ninguna.
- YHUNG. ¿Solo?
- REY. No.
- YHUNG. ¿Quién lo acompaña?
- REY. Quien mas sospechas infunda.
- YHUNG. ¿Noroña?
- REY. Noroña.
- YHUNG. (Disponiéndose á salir.)  
Al punto.
- REY. (Deteniéndole.)  
¿Y en Valladolid barruntan  
lo del Cardenal?
- YHUNG. Aplauden  
vuestras órdenes augustas.
- REY. Bien está. ¿Y á esa culebra  
(Señalando precavidamente al Conde de Ureña)  
fascinadora y astuta?
- YHUNG. Lo que convino le dije.
- REY. Lo demas que lo presuma.  
Salid y obrad; sois mi brazo.
- YHUNG. Para lo que al rey le cumpla.
- REY. Cuando el rey obra en justicia,  
vos dais, él manda y Dios juzga.

## ESCENA VI.

DICHOS, menos YHUNG. El Rey se dirige al Conde como sorprendido agradablemente de hallarle allí.

REY. (Alargándole la mano, que besa el Conde.)  
¡Ah!

CONDE. Señor, ¡qué inmensa honra!

REY. Quien la gana no la usurpa.

CONDE. Feliz anoche mi suerte.

REY. Mi gratitud lo asegura.

CONDE. Viejo soy, pero...

REY. Sois siempre  
la mejor lanza andaluza.

CONDE. Pruébeselo al rey mi sangre.

REY. Tanta lealtad os ilustra.

CONDE. Que si mi cuerpo envejece,  
mi espíritu...

REY. No caduca,  
pues es un cuchillo en roce  
con una piedra muy dura;  
mientras ella mas se gasta,  
mas el cuchillo se aguza.

CONDE. ¡Grande sois!

REY. Eso, la historia.

CONDE. Me haceis dichoso.

REY. Me adula.

CONDE. Y ¡ay, si esta dicha que ha sido  
para mi ambicion hartura,  
no la envenenara el crimen!...

REY. ¡Crimen!

CONDE. (Con emocion vivísima.)

¡Oh!

REY. ¿De quién?

CONDE. Me abruma.

REY. ¿De quién?

CONDE. (Cayendo de rodillas anegado en lágrimas.)

Señor, de mi... hijo.

¡Señor, señor!!!

REY. (Ap.) Mucho purgas:  
mas al cabo llora el tigre,



si su cachorro desnucan.

### ESCENA VII.

DICHOS, y D. PEDRO, que al entrar vé á su padre, dice el primer verso, y se retira al paño.

PED. ¡Él... otra vez... de rodillas!!!

REY. (Levantando al Conde.)

Conde de Ureña y de Osuna,  
cuando salvasteis anoche  
la majestad de mi púrpura,  
y en régias dádivas quiso  
mi gratitud ser profusa,  
solo aceptasteis un pliego  
por este anillo en permuta.

(Señalando el de su índice. El Conde intenta hablar como para justificarse de la adquisición del anillo en la noche anterior: el Rey se lo impide.)

Si vais, Giron, á probarme  
que este anillo no os acusa,  
mirad, Giron, que esas cuentas,  
don Luis, no el Rey las ajusta.  
Yo me reduje á mandarós  
que hasta que diese hoy la una,  
del pliego que os entregaba  
ni aun despegaseis las puntas.  
¿Lo cumplisteis, caballero?

CONDE. (Sacando de su escarcela y mostrando el pliego, con el orgullo de su raza.)

Lo cumplí.

REY. Fué gran cordura.

Pues bien, os acorto el plazo;

(El Rey toma el pliego, lo abre y lo devuelve al Conde.)

vedlo con mi sello y rúbrica.

(Váse por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA VIII.

El CONDE en medio del foro, leyendo profundamente conmovido, y su hijo sobre el quicio de la puerta de la derecha, cruzado de brazos.

CONDE. «Conde de Ureña:  
»Todo lo rehusais para vos. Solo pedis la  
»caída de un gran hombre, y la cabeza de un  
»gran criminal.  
»Poneis á prueba la gratitud del Rey.  
»Haceis mal. Sobre la gratitud de los reyes  
»está siempre la razón de estado.

(El Conde queda por un instante abstraído en el pensamiento que la frase anterior le sugiere; su fisonomía revela todo lo que tiene de más cruel la incertidumbre.)

»Por fortuna esa razón suprema puede hoy  
»conciliar mi justicia con vuestra venganza,  
»mi política con vuestro amor de padre.  
»Sea pues. (Enérgico arrebato de alegría.)  
»Destierro al Cardenal...»

Pero ¡cómo! el Rey, ¡Dios mío!  
esto no es verdad, se burla...

Si. (Leyendo.) No,  
(Fijándose más.) «destierro...» ¡Venganza,  
tú eres Dios!...

PED. (Ap.) Triunfó su astucia.

CONDE. (Leyendo.) «Perdono á vuestro hijo.»

(Con la vista en el cielo en ademán de infinita gratitud.)

¡Ah, no, solo Dios es Dios!!!

PED. (Ap.) ¡Me adora y me desvirtúa!

CONDE. (Precipitando la lectura.) «Y ahora tened esto

»muy en cuenta: nada habeis visto esta noche,  
»absolutamente nada.»

Nada ví, nada. Fue el mundo,  
si me lo salvan, se hunda...

¡Hijo mío! (Vá á marchar atropelladamente.)

PED. (Saliendo á su encuentro.)

¿Quién me llama

con tal nombre y tal ternura?

CONDE. ¡Él!!! Yo, yo...

PED. (Con la solemnidad del dolor.)

    Mi padre.—Entonces

¿sabreis, señor, que me indultan?

CONDE. Por mí.

PED. ¿Que el Rey me desprecia?

CONDE. Te salva.

### ESCENA IX.

DICHOS, y el ALMIRANTE, el DUQUE DEL INFANTADO y el MARQUÉS DE ASTORGA, que entran por la derecha y pasan desdeñosamente junto á los primeros sin saludarlos; y YHUNG, que despues de situar á los últimos en el salon, se vá por la puerta de la izquierda.

PED. (Señalando á los que han entrado.)  
    ¿Que me calumnian?

CONDE. Te honran.

PED. (A los dichos.) Decid, caballeros,  
si me honran los que insultan  
con un desden mi grandeza,  
con un «mentis» mis torturas.  
Decid...

INF. y AST. (En son de amenaza.)  
    Giron...

PED. Si me honran  
los que á Giron no saludan.

CONDE. ¡Callan! miserables...

PED. (Con la calma desgarradora de la desesperacion, aunque con sumo respeto filial, y llevándose hácia el proscenio á su padre.)

    Callan,  
porque desde anoche juzgan  
que mi ambicion y perfidia  
con vuestro ardid especulan.  
Callan, porque á vuestro hijo  
cómplice vuestro reputan,  
y ahora mismo ¿ois? «¡traidores!»  
señalándonos murmuran.

CONDE. ¡Pero, Dios mio, vais á herirme  
hasta en mi afeccion mas pura!

(Dirigiendo al cielo una mirada, que revela toda su desolacion.)

### ESCENA X.

DICHOS, mas el REY al paño, y YHUNG, que se aproxima al grupo formado por el INFANTADO, el ALMIRANTE y ASTORGA, cuya atencion está reconcentrada en lo que oyen á D. PEDRO.

- PED.** Pues bien, que sea mi vindicta,  
como mis agravios, pública.  
(Con grave solemnidad.)  
Me disteis, señor, un nombre;  
mi dignidad lo rehusa:  
con vuestra sangre, nobleza;  
tomad la cruz de mi alçurnia:  
(Sacando de su presilla la venera de Santiago, y de-  
jándola, despues de besarla, sobre el pedestal de una  
estátua.)  
vos me armasteis caballero;  
tomad mi espada sin punta.  
(Figura que se la rompe, y la deja tambien sobre el  
pedestal.)  
Y ahora... Dios me dé fuerzas.  
Yo buscaré nombre y cuna;  
que si me faltan hazañas,  
no ha de faltarme una tumba.
- INF.** ¡Giron! (Corriendo á tomarle una mano.)
- ALM.** ¡Giron! (Id.)
- AST.** (Abrazándole.) ¡Pobre amigo!
- CONDE.** (En el colmo del abatimiento y de la confusion.)  
¡Providencia... tú eres justa!  
(Váse por la puerta de la derecha.)

### ESCENA XI.

DICHOS. Un alabardero grita desde adentro: EL REY.

- YHUNG.** (Presentando al Rey á cada uno de los Grandes que nombra.)  
Señor, el marqués de Astorga,  
el Almirante...

- INF. (Ap.) Nos turba.  
 YHUNG. El duque del Infantado.  
 REY. Dios les dé salud y ayuda.  
 PED. (Adelantándose trémulo y afectadísimo.)  
 Don... Pe...dro... Gi...ron me llaman.  
 REY. (Volviéndose á contemplarle.)  
 ¡Giron, el de las bravuras!  
 ¡Giron, el que dá á sus reyes  
 hasta la cruz de su alcurnial  
 (Tomándola del pedestal, y tambien la espada.)  
 Giron, manténla con honra,  
 (Colocándole la cruz en la presilla, y entregándole  
 la espada.)  
 porque es el Rey quien te cruza.  
 (D. Pedro atónito, casi estúpidamente sobrecogido  
 de asombro y de gratitud, lucha con encontrados  
 afectos, vacila, y cae por último á los pies del Rey.  
 Este lo levanta conmovido, dá algunos pasos, y bus-  
 cando una feliz transicion, fíjase en el cielo que des-  
 cubre, y exclama:)
- REY. ¡Qué sol tan puro el de España!  
 ¡qué pueblo tan grande alumbra!  
 ¡No es verdad, amigos míos,  
 que con fé y union profundas,  
 de ese trono que ilumina  
 plantaremos las columnas,  
 donde quiera que los hombres  
 mares y tierras descubran,  
 hasta lograr que en mis reinos  
 el sol no se ponga nunca?
- INF., AST. y ALM. (Con ferviente entusiasmo.)  
 ¡Nunca!
- PED. (Como cediendo mas á los impulsos de su gratitud,  
 que á los de su lealtad.)  
 ¡Viva el Rey!
- REY. Pues juro  
 que esa union será fecunda.  
 Y porque extirpen el gérmen  
 de las discordias y luchas,  
 ya con mi amor vá mi hermano  
 de un cetro á Flandes en busca;  
 y el Cardenal...

## ESCENA XII.

DICHOS, y el CAPITAN con un pliego por la puerta de la derecha.

REY. (Señalando al Capitan.) Véd:

CAP. (Entregando al Rey el pliego.) En ROA,  
ya su grandeza sepultan.

REY. (Leyendo el pliego.) Señor: *Vivi para todos:  
muero para mí.—Bendigo al Rey que me des-  
tierra, y á Dios que me llama.—El Cardenal  
Cisneros.*

¡Razon de Estado!!!

ALM. (Ap. al Capitan.) Á él lo mata.

CAP. (Id. al Almirante.) Y á vosotros os indulta.

REY. (Descubriéndose.)

¡Honor á ese grande hombre!

(Volviéndose con exquisita amabilidad á los Gran-  
des.)

Saludad, que el Rey saluda.

(Todos lo hacen entonces. Váse el Capitan por la  
derecha.)

## ESCENA XIII.

DICHOS, y D. ALFONSO con viva inquietud y aceleramiento,  
por dicha puerta.

REY. ¡Ah! ¿Sóis vos, mi noble alcaide?

ALF. Señor...

REY. Vendreis...

ALF. (Ap. al Rey, con más reprimida impaciencia.)

Nos escuchan...

REY. Á decir que ya el verdugo

las cuatro máscaras juntas,

reducidas á pavesas

las aventó con su fusta.

ALF. Cierto; mas...

PED. (A los Grandes.) ¿Habeis oido?

Verdugo, máscaras...

(Se percibe muy lejano y prolongado este grito de  
Daniel:)

¡Hurra!

REY. (Á los Grandes.)

¿Lo de las máscaras?

YHUNG. (Ap.) Bravo.

REY. ¿Ignorais á lo que aludan?  
decidlo vos.

(Á D. Alfonso, y queda hablando con Yhung.)

ALF. (Luchando con su impaciencia.)

Cuatro...

YHUNG. (Obedeciendo á una indicacion que le hace el Rey.)  
Ilusos.

REY. ¡De gran corazon, sin duda!

ALF. Fueron ayer sorprendidos

asaltando esas columnas,

(Señala las del trono.)

para robar las coronas

que en su capitel figuran.

Huyeron; mas olvidaron

sus máscaras en la fuga:

y el Cardenal nos previno

que el verdugo, una por una,

para escarmiento de ilusos,

quemase en la plaza pública

por esta vez sus caretas,

sus caras á la segunda.

Esto mandó el Cardenal.

REY. ¡Fué la sentencia muy suya!

(Saluda á los Grandes, y hace ademán de que se retiren; Yhung al fondo del escenario, y aquellos por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA XIV.

EL REY y D. ALFONSO.

REY. Decid ya.

ALF. Señor ¡Dios mio!

que se amotinán las turbas,

mi autoridad desacatan,

cunde el tumulto y la bulla.

(El Rey medita un instante.)

REY. El popular entusiasmo

- tiene explosiones que asustan.  
 ALF. Pero no gritos de muerte...  
 REY. (Ap.) ¡Qué es esto!  
 ALF. Ni armas ocultas.  
 REY. ¡Alcaide!  
 ALF. Lo vi.  
 REY. ¡Ah!  
 ALF. Todos.  
 REY. ¿Y adónde van, y qué buscan?  
 ALF. La plaza invaden, y estrellan  
 cadalso, postes, garruchas...  
 REY. (Ap.) ¡No es por mi hermano! (Alto.) Repito  
 que hay entusiastas que asustan.  
 Decid, alcaide, á mi pueblo,  
 que el Rey lo vé.  
 ALF. (Sorprendido.) ¿Y si en la duda  
 no se dispersa?  
 REY. Decidle,  
 que el Rey lo quiere.  
 ALF. (Admirado.) ¿Y si pugna?  
 REY. Que el Rey lo manda. (Con soberana resolución.)  
 (Váase D. Alfonso por la derecha.)

## ESCENA XV.

DICHOS.

- REY. Yhung, vamos.  
 YHUNG. ¡Cómo! Señor...  
 REY. Vamos.  
 (El Rey que vá con Yhung á salir, se detiene por  
 que resuena mucho mas próximo este grito de Da-  
 niel:)  
 ¡Hurra!  
 YHUNG. ¡Daniel es! ¿ois?  
 REY. (Con indiferencia) Un grito.  
 YHUNG. Pero ese grito me anuncia  
 que el motin...  
 REY. (Con desdeñosa confianza.) No es por mi hermano.  
 YHUNG. Se acerca...  
 REY. Dejad que ruja.  
 Probaré que doy al trono



- su omnipotencia, y triunfa.
- YHUNG. ¿Y si desde aquí los Grandes que perdonasteis lo impulsan?
- REY. El español jura, y muere por mantener lo que jura. El pueblo que esos leones (Los del trono.) por símbolo y timbre usa, como á León generoso la gratitud lo subyuga; y antes que á su rey ofenda, se arranca él mismo las uñas.

## ESCENA XVI.

DICHOS, mas D. ALFONSO y el CAPITAN, por la derecha. Los dos primeros retroceden al oír hablar á los últimos.

- CAP. (Desde adentró.)  
Vive Dios, que es imposible,  
(Afuera.)  
porque ni os ven ni os escuchan.
- REY. (A Yhung.)  
Pero verán mi justicia.  
(A ellos.)  
¿Quién decis?
- ALF. Señor, las turbas con rugientes oleadas, que ya el alcazar inundan.
- CAP. Y en pos del endemoniado, y en torbellinos de furia, con la mecha en los mosquetes, y las tizonas desnudas, por el Infante de España desatentados preguntan.
- REY. (Ap.) ¡Era por él!!!  
(Una horrible contracción nerviosa, que por un supremo esfuerzo de voluntad desaparece súbitamente, se marca en el semblante del Rey! Luego añade con  
¿Quién?
- ALF. y CAP. El pueblo.
- REY. ¿Y desde cuándo acostumbra

llegar el pueblo á sus reyes  
con gritos y no con súplicas?  
¿Desde cuándo acá no dobla,  
quien tan santo nombre usurpa,  
á su Dios las dos rodillas,  
y á su soberano una?  
Si á pedir justicia viene,  
que venga en esa postura.

## ESCENA XVII.

DICHOS, y BENEDICTA, por la puerta de la derecha.

- BEN. No es justicia lo que pide,  
señor.  
(Rápido momento de sorpresa en el Rey, y de indignación y espanto en Yhung.)
- REY. ¡Tú!
- YHUNG. (Ap.) ¡Fatal Medusa!!!
- BEN. Pide á su hijo una madre  
que despojais de la púrpura;  
píde á su ídolo un pueblo  
que amarraís á la coyunda:  
y esa madre es madre vuestra,  
y vuestro juez esas turbas.
- REY. ¡Téngame Dios de su mano  
porque el Rey no te confunda,  
y el hijo no te aniquile,  
y el hombre no te destruya!  
(Recobrando toda su dignidad.)  
¿Quién es quien á nos te manda?
- BEN. Mi reina y señora Augusta.  
(Enseña pendiente de un cordón al cuello el sello de la Reina.)
- REY. ¡Mi madre! (Se descubre.)  
bendita sea. (Se cubre.)  
¿Quién mas?
- BEN. El pueblo.
- REY. ¡Calumnia!  
El pueblo-rey, que ese trono  
sobre los tronos encumbra,  
sabe ser dueño del mundo,

- pero no sabe ser chusma.  
 BEN. Pues vais á ver que le sobra fé...
- REY. Traicion.  
 BEN. Odio...  
 REY. Pavura.  
 BEN. Voluntad...  
 REY. Como la mia,  
 fuera la de Dios, ninguna.
- BEN. Bien sé que mido á un gigante,  
 porque os dá el genio su altura:  
 sé que os verán sol de un mundo  
 de guerras, gloria y fortuna;  
 y si al saberlo y miraros  
 no quedo pasmada y muda,  
 es, señor...
- REY. Porque el verdugo,  
 con tu cabeza en la grua,  
 no probó que mi justicia  
 grande fué como tu culpa.
- BEN. Pues ahora ya...  
 REY. (Llevándola al proscenio.) Dí á mi madre,  
 que si Dios su mente alumbra,  
 verá conmigo á sus plantas  
 el cetro que el Rey empuña.
- BEN. Lo ha de ver hoy...  
 REY. Dí á mi madre,  
 que al hijo por quien pregunta,  
 le dá su hermano coronas,  
 en pago de sus injurias.
- BEN. Por eso el pueblo en su frente  
 corre á ver si las ajusta.
- REY. Bástole yo.  
 BEN. Pues lo exige:  
 quiere que en sus brazos suba.
- REY. Rebelion que dá sus brazos,  
 dogales dá que estrangulan.
- BEN. Pero si lo amais y vive...  
 REY. ¡Si vive! (Con indignacion.)  
 BEN. ¿Por qué lo ocultan?  
 REY. Porque á un rey, si es rey de España,  
 solo Dios lo eclipsa y nubla.

BEN. Pero... ¿dudáis que ese pueblo  
desencadena sus furias,  
y á morir por el Infante  
resuelto viene si lucha?  
¿Dudáis?...

REY. (Ap., con desesperacion y amargura.)  
¡Oh, si aqui estuviese!

BEN. Pues vais á ver cómo asustan  
un volcan cuando revienta,  
y un pueblo cuando os arrumba:  
váislo á ver, señor...

(Se dirige al balcon de la galeria, descorre la colgadura, abre la puerta para que el Rey pueda ver al pueblo sublevado; y al distinguir al Infante con sus parciales, apaciguando, desde la balastrada de aquella, el tumulto de la plebe, lanza un grito de inexplicable sorpresa.)

¡Dios mio!!!

### ESCENA XVIII.

DICHOS, y el INFANTE, D PEDRO GIRON, el MARQUES DE NOROÑA, el de ASTORGA, el DUQUE DEL INFANTADO y el ALMIRANTE, que aparecen en la galeria, hablando al pueblo desde la balastrada.

BEN. ¡Dios mio! (Exclamacion de júbilo)

YHUNG. (Señalando al Infante.) ¡Él!

REY. ¿Él?

INF. (Dirigiéndose al pueblo.) Te ofuscan.—  
Mi salvador es mi hermano.—

REY. (Con la uncion de la fé mas profunda, y vuelto de espaldas á la galeria.)  
¡Siempre Dios!

BEN. (Sorpresa de lo que oye al Infante.)  
¡Cómo!

INF. (Al pueblo.) Si— jura—  
¡Por el Rey Carlos de España!  
(Se percibe confusamente este grito del pueblo:  
«¡Viva el Rey!»)

INF. (Al pueblo.) Gracias.—

BEN. Mi razon se turba.

(Todos salen de la galeria; y atónita Benedicta se

- dirige al Infante, al atravesar esta el quicio de la puerta, besando una de sus manos con el delirio de su adhesión.)
- BEN. ¿Lo quereis?  
INF. Sí, Dios lo quiere.  
Deshaz tu obra. Que huyan.  
(Señalando hácia el pueblo, y dirigiéndose luego al al Rey tamazasa y lentamente.)  
¡Lo quereis!!!  
(Con firmeza.) Lo mando.  
BEN. (Con desolacion, y disponiéndose á salir.) Sea.  
NOR. (Ap. á Benedicta, interceptándola el paso.) No bajarás.  
AST. (Id.) Ved que os buscan,  
PED. (Id.) Y que al juzgarse engañadas, te harán pedazos las turbas.  
BEN. La gratitud tendrá un mártir, y el mártir muriendo triunfa.  
(Váse por la derecha.)

## ESCENA XIX.

DICHOS.

- INF. (Fluctuando todavía entre su temor y su impaciencia por abrazar á su hermano, y cayendo por último en sus brazos.)  
¡Ah, señor... hermano mío!  
REV. ¡Mi hermano! Pues, todos juzgan...  
(Aparte, y con viva ternura al abrazarle.)  
¡Hay corazón! ¡Llora y tiembra!  
(Alto.) que ya de Flandes la ruta mi augusto hermano seguía.  
INF. Mandé, señor, volver grupas, porque al salir de los muros, vi sublevada y sañuda ya contra vos y en mi nombre, la multitud furibunda.  
Y al pensar que en este pliego  
(Lo saca de su escarcela.)  
nuestra virtud me subyuga,  
vuestro amor me cede un trono,

vuestra piedad me disculpa,  
mi sangre y mi gratitud  
borrar intentaron juntas  
la deslealtad del infante,  
con una accion noble y justa...  
Y volví; y he conseguido  
que al Rey en vivas prurumpan.

REY. ¡Heróica accion, que devuelve,  
con emociones profundas,  
á mi raza un caballero,  
y un hermano á mi ternura!

INF. Dejad, pues, que al abrazaros,  
quizá, señor, por vez última,  
ruegue á Dios...

REY. El os bendiga.

INF. Que colme vuestra ventura  
con un reinado de gloria,  
cual mi espíritu vislumbra.

PED. Porque llegue á ser España  
para sus hijos fecunda,  
para sus guerras heróica,  
para el mundo siempre augusta.

REY. Eso ha de ser: está escrito.  
¿Qué dice allí? Ved.

(Señalando el rótulo de las columnas.)

PED. (Leyéndolo.) PLUS-ULTRA.

REY. ¿Mas allá? Pues mas allá,  
la España irá si la empujan  
con fé y union nuestros brazos,  
hasta que los mundos cubra.

*Mas allá*, diré en Europa,  
y Aragon y Cataluña

con mis tercios castellanos,  
vivaquearán en la Prusia.

*Mas allá*, direis en Asia,  
y mis yeguas andaluzas  
sobre montes de turbantes  
cavanán sus herraduras.

*Mas allá*, direis triunfando  
de América en las tagornas,  
y en África polvo haremos  
mezquitas, torres y cúpulas.

Y *mas allá*, si hay mas mundos  
donde mis leones rujan,  
en la lengua de Castilla  
se oirá este grito que aturda:  
«¡Primero Dios, luego Español!»  
No hay mas allá.

Todos.

NON-PLUS-ULTRA.

FIN DEL DRAMA.

*Habiendo examinado este drama, no hallo  
inconveniente en que su representacion se auto-  
rice.*

*Madrid 24 de Octubre de 1859.*

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

# DATOS HISTÓRICOS

## PARA ILUSTRACION DE ESTE DRAMA.

### CÁRLOS I DE ESPAÑA.

Cabeza perfecta, y con toda la soberanía del genio; frente espaciosa; mirada sumamente penetrante; nariz muy pronunciada y algo aguileña; barba ancha y corta; labio inferior altivo y desdeñoso; estatura proporcionada; aire extraordinariamente desembarazado y marcial; palabra incisiva, breve y sentenciosa, y ademan significativo y resuelto.

Fué el mas cumplido caballero, el mejor capitan y el rey mas grande de su siglo.

Asi lo describen todos los historiadores, y nos lo representan sus retratos, originales del Ticiano, y los admirables grabados de Selma.

### EL INFANTE D. FERNANDO.

El Obispo de Astorga lo describe de esta manera: «Bien proporcionado en el cuerpo, los cabellos rubios, »la boca grosezuela, el rostro lleno, las narices cortas »y el semblante agradable. Era ingenioso y agudo; »muy sufrido y disimulado; naturalmente amigo de »justicia y de verdad en gran manera. No era recio »de fuerzas, antes sí delicado.

»Su osadia no reconocia límites.

»Holgábase de oír locos, y de tener animales fieros.»

Sus conatos de rebelion para alzarse con el reino, de acuerdo y con el apoyo de algunos Grandes, antes de la llegada, y en los mismos dias del arribo de su



hermano Carlos á España, son hechos históricos: «este príncipe, dice la historia del cardenal Cisneros, tenia siempre delante los ojos el trono, de que le parecía haber caído, y óebaba su ambicion con esperanzas y ocurrencias imaginarias, á que una cosa que sucedió algunos meses después de la muerte de don Fernando no contribuyó poco; porque un día estando en la caza para hacer ejercicio, y desvanecer sus pesares, se halló al lado, de repente, con un ermitaño, que le dijo en tono de profecía: *buen ánimo, príncipe, que el cielo os ha destinado para grandes cosas: no renunciéis vuestras pretensiones: vos seréis rey de Castilla: esta es la voluntad de Dios.* Después de estas palabras se desapareció, sin que se haya tenido mas noticia de él; y las personas que habian compuesto esta aparición, se servian de ella para acelerar sus deseos y turbar el Estado.

«El Cardenal creyó que se necesitaba sobre todas cosas, de prevenir estos malos designios, y su primer cuidado fué asegurarse de la persona del Infante, pues algunos Grandes buscaban ocasion de llevarle á Aragon, donde sabian que en consideracion del rey don Fernando, su abuelo, los principales señores le recibirian con los brazos abiertos, y le reconocerian por dueño. Entre tanto sus parciales no cesaban de alabar su buen natural; de llamarle *las delicias de España*, infamando las costumbres y modos de los flamencos. El Cardenal tuvo aviso de todas estas prácticas secretas; é hizo guardar bien al Infante y á sus gobernadores.»

En corroboracion de esto mismo, extractaremos algunos párrafos de las cartas, consignadas en las Memorias del cardenal de Granvela, que el mismo rey Carlos I dirigió al Infante y al gobernador, algunos dias antes de embarcarse para España, y de tener lugar la accion del drama. «Ilustrísimo Infante: Yo

»he estado informado muchas veces que hay personas en vuestra casa que os inspiran pensamientos contrarios al servicio de la reina Católica y al mio, y á vuestros mismos intereses: que se habla de mí sin respeto y sin atencion: que se han hecho ciertos proyectos sediciosos, que yo debia ya haber castigado. Mucho tiempo há que me han solicitado para poner en órden estas cosas, y he creido que convenia antes advertiros, y sabeis que lo he hecho por las cartas del mes de agosto; por las cuales os rogaba que no escuchaseis esos malos consejos y discursos; y quise acordaros de mi amistad y de la pasion que he tenido de veros gozar en el mundo la exaltacion que deseais y que mereceis tener. Yo he sabido que estos desórdenes se aumentan, y que vuestros directores, en lugar de procurar que cesen, los aprueban y mantienen. Avisanme que el uno de ellos dos, se ha adelantado hasta el punto de hablar de escribir á algunos Grandes y villas de ese reino, para llevarlos á la desobediencia y rebelion.

»Juzgad bien, que todo esto, si yo no lo remedio prontamente, podrá causar turbacion en mis estados, y recaerá á un mismo tiempo en vuestra desconveniencia, que me será muy sensible por lo que vos estimo y amo. La intencion de estos hombres, es desunirnos y quitarme á mí el amor y ternura que os tengo, y á vos la confianza que debeis tener en mí.»

La que recibió el Cardenal dice así: «Reverendísimo padre en Jesucristo, Cardenal-gobernador de España: Hemos estado advertidos muchas veces y por diferentes partes, que era tiempo de remediar ciertas cosas que pasan en casa del ilustrísimo Infante, nuestro caro y muy amado hermano. Estos avisos refieren que las personas que estan cerca de él desean infundir el espíritu de desobediencia y de rebelion, inspirándole pensamientos contrarios á nuestro servicio y á su propio interés: y habrá un

»mes que nos han escrito largamente sobre este asunto: y acabando ahora de estar informados por el último correo, de lo que se dice y de lo que se hace en la casa del príncipe, que es de mucha desconveniencia de nuestra persona, y en perjuicio de la paz y reposo de nuestros estados: que se pretende valerse de él para turbarnos en los principios de nuestro reinado: que se mantienen inteligencias secretas con algunos Grandes, y con algunas de nuestras ciudades; y que se hacen muchos proyectos semejantes contra la fidelidad que se debe á nos.

»Vos comprendereis bien, reverendísimo Cardenal de España, las consecuencias de este negocio, para nuestro servicio. Tambien os rogamos afectuosamente que no perdais tiempo, y que sigais nuestras órdenes, sin dilacion, por mas obstáculos que puedan ocurrir para retardarlos, aun cuando el Infante se opusiera. Y porque puede suceder que Alfonso Tellez, que ha de estar al lado del Infante, no esté en la córte, enviadle un correo luego, á fin de que llegue á la hora misma, sin detencion y sin excusa. El negocio es de una importancia y calidad tan grande como veis. Encargamos guardéis gran secreto, de manera que sea ejecutado antes que sabido.

### EL CONDE DE UREÑA.

Edad muy provecta en 1517.

La historia del cardenal Cisneros por Esprit Flechier, obispo de Nimes, y todas las demas crónicas de aquel tiempo, describen á este personaje, como un hombre tenazmente inquieto, ambicioso hasta la exageracion, y el primer enemigo del Cardenal-gobernador y del gobierno: astuto por carácter, y suspicaz por instinto, no reparaba en los medios para conseguir el fin.

La carta del Cardenal al Rey, transcrita en el primer acto del drama, es auténtica, y puede leerse en la citada historia del obispo de Nimes. Ella revela toda la flexibilidad del carácter del conde, y que á la conservacion de sus títulos y estados sacrificaba su propia dignidad y el orgullo de su raza.

Era la verdadera antítesis de su hijo.

#### D. PEDRO GIRON.

Hijo primogénito del conde de Ureña: de veintiocho á treinta años de edad, en la época de la accion del drama.

Espíritu inquieto y turbulento: ávido de proezas y aventuras.

«Era este caballero, dice Mariana, muy brioso y de gran punto, y traía continuamente la tierra alborotada.» «D. Pedro Giron, añade Sandoval, era un valiente caballero, mas atrevido de lo que á su grandeza convenia.»

Segun los historiadores, fué la personificacion legítima del pundonor castellano, en su mas inconveniente exageracion. Organizacion nerviosa, genio audaz, carácter emprendedor, proporcionada estatura, y con extremada movilidad en su semblaute.

#### DANIEL.

De 50 años de edad.

Tal como se personifica en el drama, figura en algunas crónicas y memorias del siglo XVI.

#### BENEDICTA.

Conocida en la córte de aquel tiempo por su varonil audacia, por su adhesion al Infante, que algunos interpretaban maliciosamente, y sobre todo,

porque fué la principal actora de la sofocada rebelion de aquel príncipe , cuyo desenlace produjo su desgraciada muerte.

#### D. LUIS DE AVILA.

Jóven de veintidos años , paje del Rey y su adicto servidor hasta la muerte.

Fué su cronista en las guerras de Alemania.

#### YFUNG.

Edad treinta años. Gentilhombre del rey en Flandes y en España, y consumado cortesano.

#### EL DUQUE DEL INFANTADO.

Tipo, segun los cronistas , del ostentoso magnate español.

De sus ruidosas disensiones con los Reyes Católicos, hablan Ferreras y Prescottt ; y de su encarnizada oposicion al Cardenal-gobernador , Robles , Sandoval y Flechier.

Fué de gentil apostura , y de carácter irresoluto, pero violento cuando adoptaba un partido ; de lo cual dió señaladas pruebas al afiliarse en el d el Infante.

#### EL MARQUES DE ASTORGA.

Este personaje tuvo muchos puntos de afinidad con el anterior.

Ocasionó sus compromisos con D. Pedro Giron y sus parciales, el agravio que le hizo el rey Carlos I, poco tiempo antes de su venida á España, mandando separar del cuarto del Infante al obispo de Astorga su maestro , hermano del marqués, y desterrádole á su

obispado, por considerarle promovedor de los proyectos de rebelion de aquel príncipe.

#### EL ALMIRANTE.

Figura vulgar, según los retratos que se conservan; pero con un espíritu de elevadas aspiraciones, y de una entereza tal, que fué hasta de sus mismos iguales respetado.

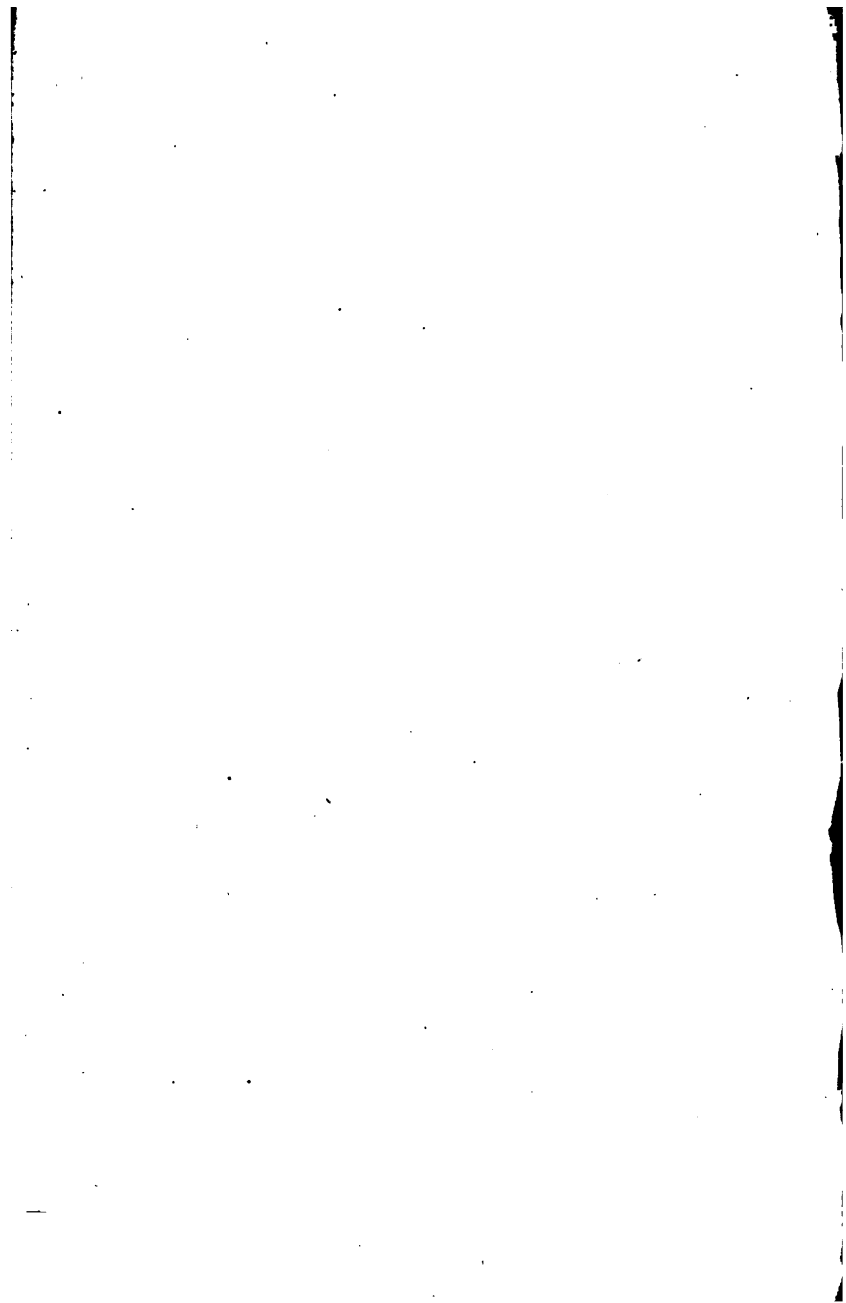
Decidido partidario del Infante D. Fernando, él fué quien obligó moralmente en Burgos al Rey Católico, á que le nombrase por su muerte gobernador de los reinos; y no perdonó jamás al Cardenal, por haberlo preferido para este cargo aquel monarca, en su último testamento.

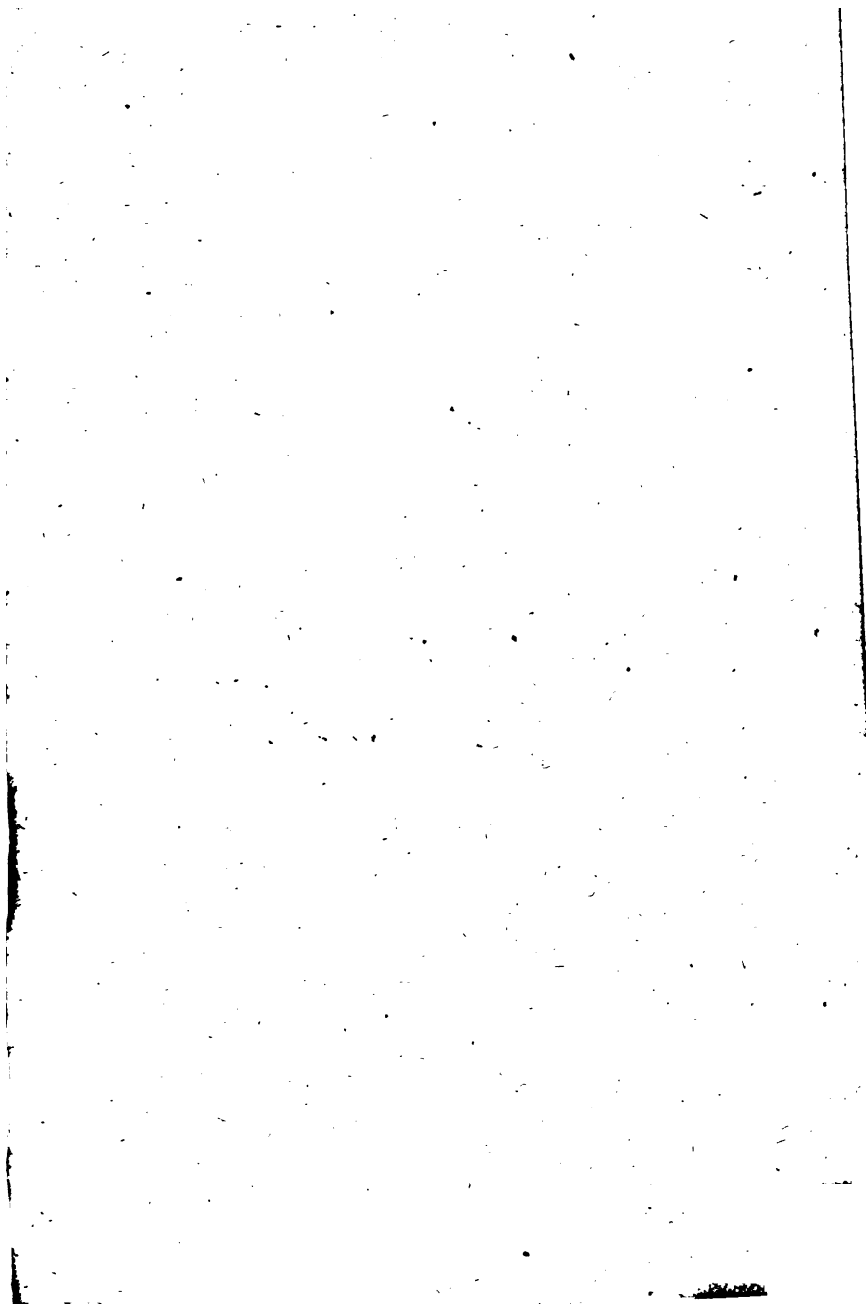
#### DON ALFONSO TELLEZ:

Hermano del marqués de Villena: de edad madura y de severos principios; pero con un noble corazón, y un carácter simpático y bondadoso.

#### EL CAPITAN D. JUAN ESPINOSA.

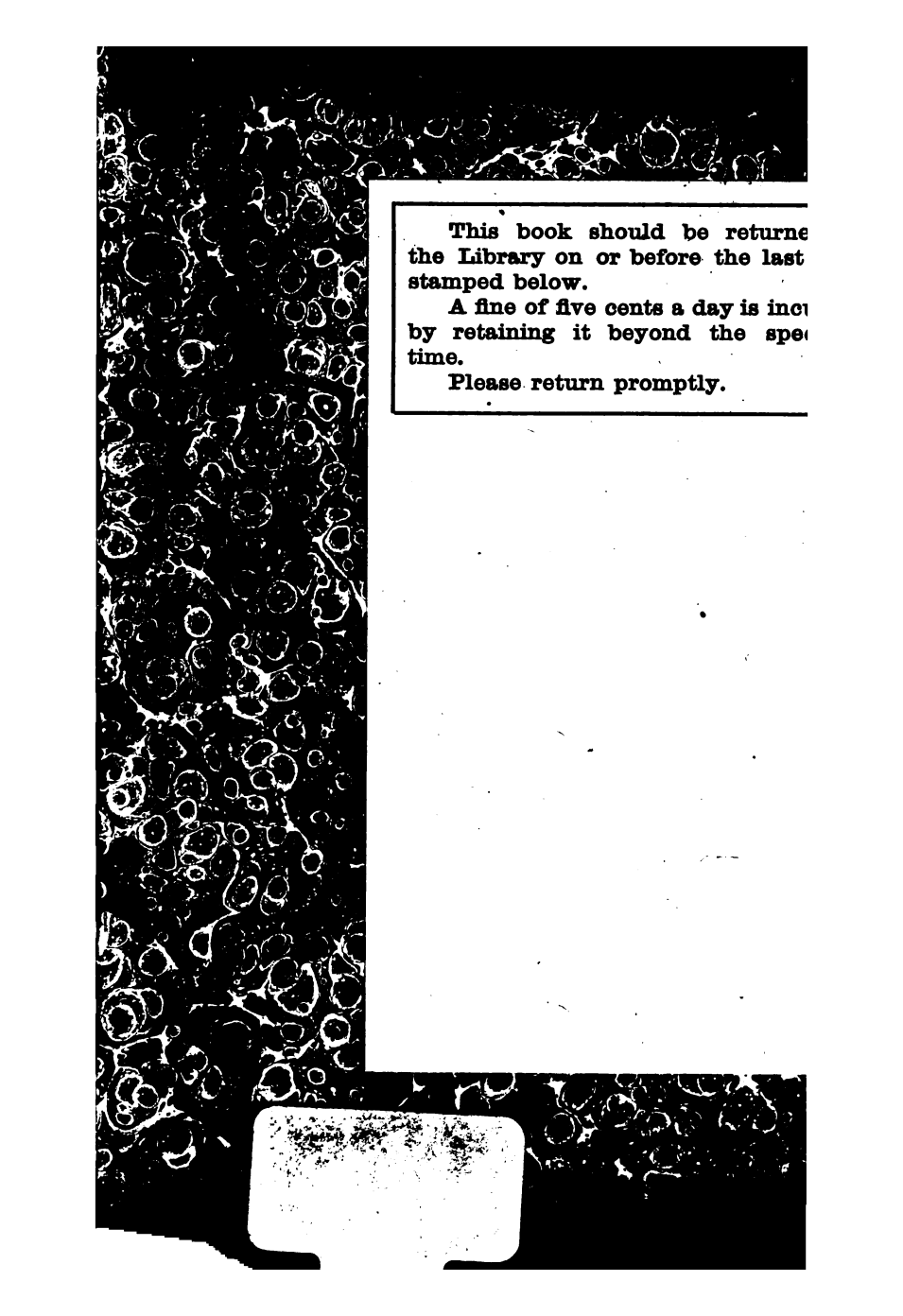
Jóven de áspera y ruda condicion, á quien llamaban *la sombra del Cardenal*, porque en efecto, jamás le abandonaba con su mesnada.











This book should be returned  
to the Library on or before the last  
date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred  
by retaining it beyond the specified  
time.

Please return promptly.